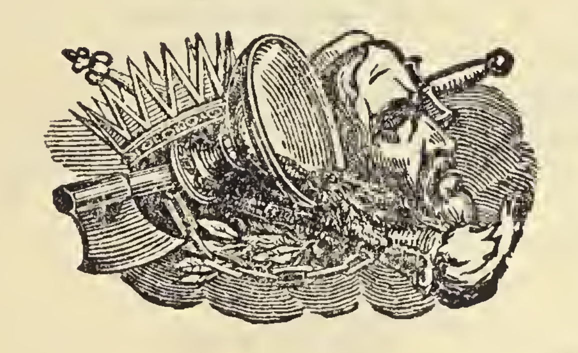
CATALINA

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

POR DERECHO DE CONQUISTA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1860.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Ahogarse á la orilla.
Alarcon.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
Al pié de la letra.
Antiguos y modernos.
Aquí está un moso é verdá.
Abnegacion y nobelza.
Amores perdidos.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Bienes mal adquiridos
Baltasar.
Barómetro conyugal.
Corregir al que yerra.
Cantzares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Culpa y castigo.
Córte y cortijo.
Caza mayor.
Carnioli.
Cuatro agravios y ninguno.
Camino del matrimonio.
Duque de Visco,
Dos sobrinos contra un tio.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
D. Primo Segundo y Quinto.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diego Corrientes, segunda parte
Diana de San Roman.
D. Tomás.
D. Pedro I de Castilla.
Dos mirlos blancos.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El Hipócrita.
El Cura de aldea.
El querer y el rascar....
El hombre negor.
Entre dos amigos...
El padre de los pobres.

El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El último vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque
El rey de bastos.
El protegido de las nubes.
¡Es una malva!
En Ceuta y en Marruecos.
El movimiento contínuo.
El marqués y el marquesito.
El portero es el culpable.
Flores y perlas.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!
Flor marchita.
Funesta casualidad.
Francisco Pizarro.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la h...
Herencia de lágrimas.
Honrado y criminal á ...

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Medicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
José María .

La Luna de Miel.
La union en Africa.
Los Amantes de Chin...
Lo mejor de los dado...
Los dos sargentos e...
la linda vivandera.
Los dos inseparables
La pesadilla de un c...
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una ca...
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadre...
Los patriotas.
Los Amantes de Teru...
La verdad en el Espe...
La Banda de la Conde...
La Esposa de Sancho ...
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dilu...
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madr...
La Madre de San Fer...
Las Flores de Don Ju...
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Floren...
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los ami...
La escuela de los per...
La bondad sin la exp...
La escala del poder.
Las cuatro estaciones
La vida de Juan Sold...
Las querellas del Re...
La oracion de la tard...
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la C...
La cruz en la sepultu...
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.
Las carcajadas.
Las bodas de Camach...
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. ORRAS

N.º de la procedencia
4878.

POR DERECHO DE CONQUISTA.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/porderechodeconq00lego_0

POR DERECHO DE CONQUISTA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESCRITA EN FRANCÉS POR MR. LEGOUVÉ,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. MANUEL CATALINA.

Representada en el teatro del Príncipe el 8 de Abril de 1860.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1860.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA......................	Doña Matilde Diez.
LA CONDESA DEL ESPINO...	Balbina Valverde.
LUISA......................	Salvadora Cairon.
JUANA (criada)..............	Adelaida Zapatero.
AMALIA......................	Adelaida Guijarro.
JORGE SIMON (ingeniero).....	D. Manuel Catalina.
EL MARQUES DE FUENFRIA.	Mariano Fernandez.
EL VIZCONDE DEL FRESNO.	Juan Catalina.
FEDERICO..................	Eduardo Iboba.
EL BARON.................	Eduardo Molina.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala con vistas á un jardin: puerta al fondo y laterales: muebles del dia: mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

JUANA.

¡Ea! ya está todo en órden. (Despues de arreglar los muebles de la sala.) Con eso cuando vengan las personas que quieren comprar la quinta... Á propósito; recordemos lo que la señora me dijo ayer al llegar de los baños. «Mañana vendrán gentes á ver la posesion; enséñales el jardin, la huerta y las demas dependencias de la casa; pero dí que yo estoy indispuesta, y no dejes entrar en mi habitacion mas que al médico; (Hablando consigo misma.) ya ha venido, (Continuando.) al Señor de Torre—Hermosa, está paseando en la huerta, y al escribano.» Un médico, un escribano y un jóven! Se me figura que hay en todo esto algun misterio; y el cuidado que tuvo la señora de no ver á nadie de su familia al pasar ayer por Valencia... (Viendo al Marqués.) ¡Ah! este será algun comprador.

ESCENA II.

El MARQRÉS, JUANA.

MARQ. (Que entra por el fondo con un libro en la mano.) ¿Han llegado ya las señoras?

720637

JUANA. Si, señor; anoche llegaron; pero mi ama está tan cansada, que no puede recibir á nadie.

MARQ. Bien; di que estoy aqui: (Dando una palmada en el libro que ha seguido leyendo.) si, es cierto; este es el verdadero puesto que debe hoy ocupar la nobleza.

JUANA. Pero, caballero, ya le he dicho á usted...

MARQ. ¿Que la señora no recibe? ya lo he oido; pero díle que soy yo.

JUANA. Caballero, pero si yo no sé...

MARQ. (Reparando en ella.) ¿Cómo que no sabes... ¡Ah! es cierto; tú eres nueva en la casa. Dí á tu ama que está aqui el Marqués de Fuenfria.

JUANA. ¡Ah! ¡el hermano de la señora, el tio de la señorita! Voy corriendo.

ESCENA III.

MARQUES.

¡Si pardiez! este libro tiene razon; es lo único que le resta hacer á la vieja nobleza de provincia; rehusar las embajadas, los ministerios, y conquistar su puesto á la cabeza de la nacion por medio de la ciencia y el trabajo; esto es mas digno, mas oportuno que deberle como nuestros antepasados á la fuerza de la espada y á la razon de la lanza.

ESCENA IV.

LUISA, el MARQUÉS.

LUISA. (Saliendo.) ¡Tio, querido tio!

MARQ. (Dejando el libro sobre la mesa.) ¡Luisa, hija mia, otro abrazo, otro! ¡Hace tanto tiempo que no tenia esta dicha! ¡Y qué hermosa estás! Parece que los aires del mar no han empañado tu hermoso cutis. ¿Y tu madre?

LUISA. Como siempre. Enferma y triste; ayer tuvo un ataque terrible, y ahora está descansando, por lo que no podrá tener el gusto de ver á usted, querido tio.

MARQ. ¡Pobre hermana! Tan buena y cariñosa, y siempre enferma; pero ¿y tú? Vamos, vamos, cuéntame qué has hecho en todo este tiempo. ¿Te has divertido? ¿Has

montado á caballo? ¿Has hecho muchas conquistas? Cuenta, cuenta.

LUISA. He gastado todo el dinero que me dió usted para mis caprichos.

MARQ. ¡Buen dinero! Unas cuantas miserables onzas tan viejas como yo. No es eso lo que yo deberia darte, hija mia. Lo que tú necesitas es un marido.

LUISA. (Con rubor.) ¡Tio!

MARQ. Y pensar que por falta de ese maldito dinero, que una quiebra nos ha llevado, una muchacha como esta, un ángel...

LUISA. Un ángel sin dote, que es peor que un ángel sin alas.

MARQ. Es cierto, si: ¡maldito dinero! ¿Pero qué no hemos de encontrar un buen muchacho, de talento y corazon, que quiera volver por el honor de su sexo, casándose con tal tesoro?

LUISA. Mucho temo lo contrario; pero ¿qué importa, tio? Á bien que no seré la primera que le pase lo mismo. Vaya, dejemos el mundo como está y hábleme usted de sus proyectos, de sus invenciones; ya sabe usted que soy su confidente.

MARQ. Si, y hasta mi ayudante; por cierto que un dia por poco te quemo esos lindos dedos en un experimento de química.

LUISA. ¿Y aquel proyecto del canal de riego para la provincia? ¿Y el pozo artesiano? ¿Y la sociedad zoológica? Cuéntemelo usted todo: quiero saber lo que ha hecho usted desde que no le vemos.

MARQ. ¿Lo que he hecho? Morderme las uñas de desesperacion al ver el estado á que se halla reducida en el dia nuestra clase. Con todos nuestros títulos y cruces ¿qué hacemos nosotros en la nacion? ¿Para qué servimos á la sociedad? Para comernos nuestras rentas estúpidamente en nuestros artesonados palacios y ostentar unos blasones que no hemos adquirido y que no sabemos conservar. No, no; esto es indigno de las personas que por su misma elevacion deben dar ejemplo á los demas. La mision guerrera de la nobleza concluyó con los siglos belicosos que la crearon; y hoy que las artes y las ciencias imperan mas en el mundo que las armas y la fuerza, los nobles, en vez de ponerse como antes á la cabeza de sus falanjes para ir á aumentar las tierras de sus

reyes con las ciudades de sus enemigos, deben colocarse ahora al frente de los trabajadores en la civilizacion del mundo, y marchar con ellos á la conquista de la ciencia y del saber. Este es el solo medio de conservar sus nombres á la posteridad, y legar á sus hijos blasones nuevos que puedan brillar al lado de los antiguos. Cuando pienso que tantos hombres salidos del pueblo, Ensenada, Pitt, Colbert, quizá han hecho por su patria lo que no ha hecho ninguno de los nuestros, me acomete una especie de vértigo, el vértigo del trabajo, y me encierro en mi biblioteca, y allí paso dias enteros soñando mil proyectos científicos que hagan inmortales los nombres de los Fuenfria y Altamura.

LUISA. Y lo serán. Un jóven muy sabio que ha leido las memorias que usted envió al ministerio de Fomento, nos decia hace poco que era usted positivamente un hombre de genio.

MARQ. ¿De veras? Ese muchacho tiene talento. Pero con todo, hija mia, estoy seguro de que me tendrán por loco, y creo que con razon: ¿de qué me sirve tener ideas si no poseo los medios de ponerlas en práctica? ¡Ah! si yo tuviera... á propósito, se acaba de formar una compañia poderosa para desecar los pantanos de Villarasa. El ingeniero debe llegar hoy.

LUISA. ¿Villarasa? Si mal no recuerdo, creo que ya habiamos nosotros pensado en esa gran obra tan beneficiosa para la provincia.

MARQ. ¿Que si habiamos pensado? Treinta y tres proyectos diferentes tengo para su realizacion, y es imposible que cuando el ingeniero los oiga... porque los oirá; le he citado y le estoy aguardando. Cuando sepa que la mitad de ese pobre pueblecillo de Altamura ha sido devastado por una inundacion...

LUISA. ¿Qué dice usted, tio? ¿Ese pueblecito tan pintoresco, cuyo nombre llevamos, y que en otro tiempo perteneció á mi familia?

MARQ. Arruinado completamente. Ya he enviado una peticion al gobierno, solicitando auxilios para sus desgraciados habitantes, y entre tanto que llegan he abierto una suscricion para enviarla á Valencia y á toda la provincia.

LUISA. ¡Una suscricion! Me alegro. Yo me suscribo por...

MARQ. ¿Por cuánto?

LUISA. ¡Ah! (Deteniéndose confusa.) No me acordaba; he gastado todo lo que usted me dió en tonterias y caprichos. No importa, tengo dinero: mi caballo, mis alhajas... lo venderemos todo y remediaremos á esos infelices aldeanos. ¿No le parece á usted?

MARQ. ¡Excelente muchacha! Cuando pienso que por falta de dote tal vez...

LUISA. ¡Volvemos al tema!

MARQ. ¡Si, volvemos, es mi idea fija! Pero no desesperemos, todo depende de la fortuna, de la casualidad; y quién sabe si el dia menos pensado se aparecerá por aqui un buen partido como el de Angelita de Peralta, por ejemplo; ¿no te acuerdas? ¡Qué suerte de muchacha! Se casa con un hombre riquísimo, don Cárlos de Rivera, y jóven, de buena presencia: á propósito de jóvenes, ¿dónde has visto á ese de que me hablabas?

LUISA. ¿Cuál, tio?

MARQ. Ese que dice que soy hombre de genio. Quisiera conocerle. ¿Sabes tú cómo se llama?

ESCENA V.

LOS MISMOS, JUANA.

JUANA. Señorita, la señora pregunta por usted.

LUISA. Voy corriendo. Hasta luego, tio.

MARQ. Pero dime antes.

LUISA. No puedo, me está esperando mamá.

MARQ. ¡Un momento!

LUISA. Es imposible.

MARQ. Pero dime siquiera el nombre... tengo que verle.

LUISA. Pues bien, debia guardar silencio hasta que mamá le enterase á usted, porque usted no sabe...

MARQ. Ni una palabra.

LUISA. Pues es jóven, buen mozo, con mucho talento, casi tanto como usted y... no quiero decirle á usted mas. ¡Adios, adios!

ESCENA VI.

JUANA, el MARQUÉS.

MARQ. ¡Vamos, vamos! ya caigo. El misterio de la madre y la turbacion de Luisa... Tenemos novio en campaña. ¡Con tal que sea digno de ella! Es necesario prepararla un buen regalo de boda. Dime, muchacha, ¿habrá algun criado en la casa que pueda ir á llevar esta carta á Valencia?

JUANA. Si, señor; ¿por quién ha de preguntar?

MARQ. Por el ingeniero de la compañia de los pantanos, en la fonda del Cid; pero... no, dáme. Ya que mi hermana no está visible... mejor será... Si, voy yo mismo á buscarle. (Juana sale.)

ESCENA VII.

El MARQUÉS, AMALIA, el BARON.

AMAL. ¿Adónde vá usted tan deprisa, tio? (Deteniéndole.)

MARQ. ¡Ah! sobrinos, buenos dias: voy á un asunto urgente, que no permite demora, y con vuestro permiso...

AMAL. Un momento, un momento nada mas; y díganos usted...

MARQ. ¿Qué, sobrinos?

BAR. ¿Qué significan estos misterios? Ha sabido usted...

AMAL. Si; sabe usted ya...

BAR. Conoce usted...

MARQ. ¿Á quién?

BAR. Vaya, no se haga usted de nuevas; á nuestro futuro pariente, al que será pronto su sobrino, al novio de Luisa.

MARQ. ¿Luisa se casa?

AMAL. Vamos, ¿á qué viene la reserva? El escribano mismo que ha de extender el contrato se lo ha dicho en secreto á una persona que me lo ha contado á mí, en confianza, se entiende.

BAR. Por eso hemos venido á toda prisa, porque como el escribano no ha querido decir quién es el novio, y la tia no nos habló ayer una palabra de este asunto á su vuelta de los baños, hemos creido de nuestro deber venir á in-

formarnos de los títulos y posicion de nuestro nuevo primo, ya que mi tia ha cometido la desatencion de no dar parte ni consultar á la familia, como es de costumbre en estos casos, entre personas de nuestra clase.

MARQ. Si, es cierto; pero, qué quereis... se conoce que mi hermana no ha creido conveniente decir nada por ahora. Y lo peor es que como hasta la noche no puede ver á nadie, tenemos que quedarnos con la curiosidad... Con que, yo estoy muy de prisa. Hasta la vista.

ESCENA VIII.

DICHOS, la CONDESA.

COND. (Deteniendo al Marqués.) ¿Usted por aqui? Me alegro. Asi sabremos...

MARQ. Imposible: me estan esperando y no puedo detenerme. (Váse.)

AMAL. Por lo visto, tampoco usted ha podido descubrir nada.

COND. Si, Juana me ha contado muy en secreto que mi cuñada y su hija recibian en los baños con frecuencia á un jóven llamado Torre-Hermosa.

BAR. Y usted infiere...

COND. Como Juana no me ha dicho mas... no puedo calcular..,

AMAL. Es bien extraño no haber dado parte á nadie; ni aun á usted, á la Condesa del Espino, su hermana política... la segunda madre de Luisa...

BAR. Esto es casi un desaire, y usted, en nombre de nuestra familia, debia informarse directamente.

COND. Como el médico ha prohibido ver á mi cuñada, no me ha sido posible...

BAR. Pero nuestro primo el Vizconde, que ha hecho mucho tiempo la córte á Luisa, sabrá algo que pudiera iluminarnos.

COND. ¿Quién? ¿Cárlos? Es un botarate sin pizca de formalidad: probablemente estará diciendo requiebros á todas las muchachas de la aldea; al llegar le ví en la plaza y... me parece que oigo su voz.

JORGE. (Dentro.) Bien, bien; esperaremos en esta sala.

COND. No es Cárlos. (Mirando por el foro.)

AMAL. (Que se ha acercado tambien.) Es el jóven que encontramos junto á la huerta.

BAR. Será alguno de los que vienen á ver la posesion.
AMAL. Y otro caballero le acompaña.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, JORGE y FEDERICO.

JORGE. (Entrando.) Señoras... caballero.
AMAL. Tiene un aire muy distinguido.
COND. Será acaso...
AMAL. Quién...
COND. (Mirándole.) Bien pudiera ser: ese aspecto... El jóven de que me habló Juana... Ese Torre-Hermosa...
BAR. No, tia: cuando llegamos oí que le llamaban, y no es ese su apellido...
COND. No importa: si no es él, tal vez sean parientes suyos ó convidados para la boda.
AMAL. Es verdad.
COND. Y pudieran darnos noticias...
AMAL. Si.
COND. Veamos. (Dirigiéndose á Jorge.) Caballero, usted habrá oido decir muchas veces que las mujeres son curiosas, ¿no es cierto?
JORGE. Nunca, señora.
COND. Vamos, sea usted franco y confiéselo usted. Si usted lo ha oido, ha oido una verdad; somos casi tan curiosas como los hombres, y por esta razon estoy deseando saber si usted ha venido á esta casa por el mismo motivo que nosotros.
JORGE. Asi lo creo, señora.
COND. ¿El casamiento de Luisa?
JORGE. Precisamente.
COND. ¿Entonces conoce usted al señor de Torre-Hermosa?
JORGE. Tengo ese honor.
AMAL. Con que le conoce usted.
JORGE. ¡Oh! mucho.
FED. (¿Qué está diciendo?)
COND. Pues bien; nosotros no le conocemos, y deseariamos, si no temiesemos abusar de la bondad de usted, hacerle algunas preguntas.
JORGE. Tendré mucho gusto en responder á ellas.
COND. Díganos usted, ¿ha llegado ya?

JORGE. Sí, señora; esta mañana.

COND. ¡Ah! ¿Con que está aquí? ¿Y su familia pertenece á nuestra clase?

JORGE. Su familia... es una familia honrada.

COND. ¿Y es rico?

JORGE. Él personalmente, no; pero su madre es riquísima.

COND. De modo que el casamiento es un casamiento por amor; porque él ya sabrá que la fortuna de mi cuñada es bastante mezquina.

JORGE. Lo sabe, y puedo asegurar á ustedes que no ha pensado en ello al desear este enlace.

COND. Muy bien; me parece muy recomendable esa delicadeza en los tiempos que vivimos. Y díganos usted, ¿es jóven, tiene buena figura, talento, elegancia?...

JORGE. Señora, me hace usted unas preguntas tan espinosas .. yo soy amigo íntimo suyo... y los elogios en mi boca pueden parecer parciales.

COND. No; la amistad no está reñida con la justicia y la verdad.

JORGE. Es cierto, señora; pero es muy difícil responder á las preguntas de usted.

COND. ¿Difícil?

JORGE. Sí, señora; y eso que no debiera serlo para mí, que estoy acostumbrado á resolver problemas.

COND. ¿Problemas? No entiendo.

JORGE. (Saludando.) Jorge Simon, ingeniero.

BAR. y AMAL. (Con desden.) ¡Ingeniero!

COND. ¿Simon? ¿El director de ese magnífico canal que ha de ponernos en comunicacion con el Océano?

FED. El mismo, sí, señora; y el autor del proyecto del camino de hierro del Norte.

JORGE. ¡Federico!

FED. El creador de la gran industria minera de Asturias...

JORGE. (Presentándole.) El señor don Federico Mendoza, mi amigo íntimo.

BAR. (Ap) Ya se conoce.

COND. Celebro, caballero, que el señor de Torre-Hermosa haya escogido para testigo de su boda una persona de tanto mérito.

BAR. ¡Bah!

JORGE. Agradezco mucho, señora, esa bondad que me lisonjea tanto mas, cuanto que no esperaba seguramente una

acogida tan amable.

CONDE. ¿Y por qué no?

JORGE. Porque. .

CONDE. Ya comprendo; ¿porque no pertenece usted á la aristocracia, á esa elevada clase de la nobleza que pintan tan altanera y orgullosa? Yo creia que una persona de talento como usted no debia participar de esas ideas vulgares. ¿Acaso usted cree que somos vanidosos?

JORGE. Señora...

BAR. Está usted en un error. Nosotros tenemos orgullo, pero no vanidad.

JORGE. Si, tienen ustedes la vanidad del orgullo.

CONDE. ¿Y querrá usted decirnos, caballero, en qué funda usted su opinion?

JORGE. No me lo pregunte usted, porque seria capaz de responderla.

CONDE. Eso es lo que deseo, porque á la verdad no puedo comprender... ¿Qué mas puede exigirse de nosotros? ¿Hoy que los mas grandes apellidos de la nobleza figuran en el ejército, en la marina, en el parlamento, al lado de los hijos del pueblo; hoy que esa misma grandeza que califican de altiva, se hace un honor de recibir en sus reuniones, en sus soirés, á cuantos artistas, literatos y hombres de ciencia designa la fama como notables, merece que se la juzgue como antes, y se la crea todavia orgullosa?

JORGE. ¿Y qué me responderia usted si la dijese que tal vez los mismos argumentos que usted emplea para persuadirme, me afirman mas en mi opinion? ¿Qué me diria usted si yo creyese que esas concesiones que hoy se hacen á las personas que usted ha nombrado, no son quizá sino... una vanidad mas? La vanidad de adornar los salones aristocráticos con esos literatos, esos sabios, esos artistas, asi como se adorna una sala con un jarro del Japon, una copa de Benvenuto Cellini ó un cuadro de Rafael.

CONDE. Háganos usted mas justicia; nosotros por el contrario, queremos probar á los que nos acusan, que ante la ciencia y el saber no existen diferencias de cuna.

JORGE. ¡Ojalá fuera cierto, señora!

CONDE. ¿Usted lo duda?

JORGE. ¿Y si la probase á usted lo contrario?

COND. Le desafío á usted.
JORGE. ¡Cuidado, señora!
COND. Lo repito, le desafío á usted.
JORGE. Pues bien: una vez que usted no participa de esas ideas, supongamos que su sobrina de usted, único vástago de la ilustre familia de los vizcondes de Altamura, en vez de casarse con el conde de Torre-Hermosa hubiera escogido para marido... al hijo del tio Anton, el posadero, por ejemplo...
COND. ¡Oh! no la volveria á ver jamás.
AMAL. ¡Por supuesto!
BAR. ¡Qué locura!
JORGE. (Sonriendo.) ¿Con que no? Ya vé usted, señora...
COND. ¡Oh! pero usted supone cosas imposibles.
JORGE. ¡Imposibles! Pues qué, el hijo del tio Anton ¿no puede ser un hombre instruido, sabio, una de esas personas notables que honran su pais?
COND. Si; pero...
JORGE. Pero no seria digno de Luisa, ¿no es verdad?
COND. ¡Oh! No sigamos, porque la cuestion seria larga y tal vez usted me convenceria: no quiero, sin embargo, que usted permanezca en su opinion, y para probarlo á usted... venga esa mano... Usted no es noble, ¿no es verdad? Pues bien, la Condesa del Espino tiene una honra en haber conocido á usted, y se considerará muy favorecida siempre que usted se digne visitar su casa.
JORGE. ¿Con tal que no sea para pedir la mano de su sobrina para el hijo del tio Anton?
COND. Por supuesto. (Sonriendo.) (¡Tiene talento este jóven!)
BAR. ¡Bah! no tiene nada de particular. Un ingeniero debe por lo menos tener... ingenio.

ESCENA X.

LOS MISMOS, JUANA.

JUANA. Señora Condesa, ahí está el tio Blas con una labradora que no conozco...
COND. Voy, voy. Será para la venta de los granos y el ganado que quedan en la granja; como mi cuñada está enferma me ha encargado que arregle este negocio... Ya vé usted (Á Jorge.) que, aunque Condesa, no me desde-

ño de vender vacas y gallinas como una pobre labradora.

JORGE. ¡Oh, señora, Carlo Magno vendia sus ganados!

COND. Bravo por la cita histórica.—¿Vamos?

BAR. Vamos.

ESCENA XI.

JORGE, FEDERICO.

FED. Ahora que estamos solos, ¿quieres explicarme qué diablos significa todo esto? ¿Qué boda es esa de que hablabais? ¿Quiénes son los novios? ¿Por qué estamos aquí?

JORGE. La boda es la mia, el novio soy yo.

FED. El conde de Torre-Hermosa.

JORGE. Soy yo.

FED. Tú, hijo de unos labradores: tú, demócrata por instinto asociarte á una familia aristocrática?

JORGE. ¿Y qué quieres, amigo mio? el corazon no se manda, y el mio ama frenéticamente con una de esas pasiones que se apoderan de la cabeza, del pensamiento, del alma entera, y nos subyugan y fascinan.

FED. Vaya, eso ya lo comprendo; pero el amor no creo que cambie los nombres, y ese título de conde...

JORGE. Pertenece á una magnífica hacienda que mi madre me ha comprado; su dueño, partidario de don Cárlos, emigró para siempre, y al vender la finca quiso tambien vender el título y señorio que iba unido á ella. Mi madre no vaciló, y ahí tienes la causa de haberme oido llamar así.

FED. Con que has adoptado el título y el apellido.

JORGE. No por cierto.

FED. ¿Cómo te dejas llamar entonces Torre-Hermosa?

JORGE. Á pesar mio.

FED. No lo comprendo.

JORGE. Escucha: ¿recuerdas que en el mes de julio dejé á tu cuidado la direccion de nuestra magnífica explotacion minera?...

FED. Si; ¿para ir á estudiar el gran proyecto de caminos y canales, cuya ejecucion te confian?

JORGE. Pues bien; estaba yo en los baños inmediatos á Valencia haciendo los trabajos preparatorios de mi proyecto

cuando una tarde que vagaba solitario á la orilla del mar encontré á una señora anciana que se paseaba muy despacio, sentándose á cada momento en una silla de mano que llevaba un criado, en cuyo brazo se apoyaba. Ya conoces mi pasion por las señoras mayores, que sin querer me recuerdan á mi madre: y al ver aquellos hermosos cabellos blancos, aquel aire bondadoso y aquel semblante todavia bello, á pesar de la enfermedad que le consumia, me acerqué á ella instintivamente y la ofrecí mi brazo. Jamás me han desairado conquistas de esta especie. La vizcondesa de Altamura (porque era ella) aceptó, y á los pocos momentos ya me habia confiado sus desgracias, su enfermedad, y sobre todo su temor al dejar á su única hija sola en el mundo sin fortuna y sin protector. Yo, como puedes figurarte, juzgué oportuno pagar su franqueza con la mia, y al cabo de una hora de conversacion ya sabia de mi vida cuanto tú sabes, y hasta lo de la hacienda y el título de Torre-Hermosa, que tú ignorabas. Desde aquel dia seguí visitándola constantemente, hasta que una mañana al entrar en su casa á la hora de costumbre ví sentada á la cabecera de su cama una jóven. Era su hija que volvia de una quinta inmediata, donde habia pasado algunos dias con unos parientes suyos. Yo me habia detenido en el umbral de la puerta, cuando su madre, haciéndome una señal con la mano, me presentó á su hija diciendo: «Aqui tienes al conde de Torre-Hermosa, de quien tanto te he hablado.» Yo, que en diferentes ocasiones me habia chanceado con la marquesa sobre mi título postizo, iba á replicar con objeto de declarar mi verdadero nombre, cuando ella me interrumpió diciéndome en voz baja: «No la desengañe usted, se lo suplico.» Yo obedecí maquinalmente, y al fijar los ojos en el hechicero semblante qne se me presentaba de repente como una aparicion mágica, celestial, no sé lo que pasó por mi alma. Luisa, á toda la hermosura de una deidad, á toda la bondad de una vírgen, reunia en sus ojos un no sé qué de orgullo, de superioridad, y altivez que me dejó extático y anonadado. En aquella frente noble y despejada se veia el reflejo de una raza gloriosa, el brillo de diez generaciones que han llenado la historia con sus nombres; y cuando en la con-

versacion dejaba entrever su ingénuo desden por todo lo que no es elevado, noble, aristócrata, en fin, ¿lo creerás? encontraba su orgullo legítimo, justo, yo, hijo del pueblo, y hasta esa misma altivez era un nuevo incentivo á mi pasion insensata. Si, creo que la amaba con mas fuerza, porque me creia indigno de ella.

FED. Vaya, amigo mio, tenias razon; habias perdido la cabeza.

JORGE. Y de tal modo, que al dia siguiente pedí á la Vizcondesa la mano de su hija. Ese enlace es mi sueño dorado, me respondió; pero si quiere usted verificarlo no hable usted á Luisa de sus riquezas... y oculte usted su verdadero nombre hasta que yo se lo descubra.

FED. Creo que tenia razon.

JORGE. Sin embargo, yo no podia resolverme á prolongar mas tiempo el error de Luisa; pero la Vizcondesa me habló en términos tan apremiantes del estado de su salud, del abandono que amenazaba á su hija, que consentí en callar hasta su vuelta de los baños.

FED. Es decir, ¿hasta hoy?

JORGE. Si, hoy es el dia que sañalamos para descubrir á Luisa mi verdadero nombre y mi fortuna. Hoy á las diez debo saber en esta sala su resolucion.

FED. ¿Y es esa la causa de nuestra venida?

JORGE. Si, amigo mio. Comprendes ahora mi ansiedad, mi angustia... ¡Cuando pienso que quizá en este momento se decide mi suerte! Se lo confesará todo la marquesa... ¡Ah, tiemblo! La prueba que he intentado hace poco me quita el valor y la esperanza. Ya has oido á esa inflexible Condesa... á sus parientes... ¡No la volveria á ver en mi vida! ¡Oh, quién sabe si Luisa!...

FED. Una mujer que ama de veras lo perdona todo.

JORGE. Excepto lo que la humilla.

FED. Bien, llorará un poco, se resistirá tal vez y al cabo accederá.

JORGE. Por complacer á su madre quizás. ¡Ah! mas tarde el arrepentimiento... la vergüenza. ¡Oh! ¡No! estoy calumniando á ese ángel... no puede ser, y sin embargo tengo celos de todo; del pasado, del presente y del porvenir.

VIZ. (Dentro.) ¡Eh, muchacha! ¡Juanita!

JORGE. Alguien viene.

FED. (Mirando.) El Vizconde del Fresno.

JORGE. ¿El primo de Luisa? ¿Tú le conoces?

FED. Si, le he visto varias veces en Madrid.

ESCENA XII.

DICHOS, el VIZCONDE, JUANA.

VIZC. Ven acá, muchacha, ven acá. Toma. (Dándola un abrazo.)

JUANA. ¡Vaya! déjeme usted, señorito. (Juana se vá.)

VIZC. ¡Ah! (Viendo á Jorge y á Federico.) perdónenme ustedes, señores.

FED. ¡Vizconde!

VIZC. ¡Amigo mio! ¡Qué quieren ustedes, todavia no habia abrazado nada esta mañana!

FED. Tengo el gusto de presentar á usted á uno de mis mas íntimos amigos, que lo es tambien de la señora Vizcondesa de Altamura.

VIZC. ¿De mi tia?

JORGE. He tenido el honor de pasar muchas horas á su lado en los baños del Grao.

VIZC. ¿Muchas horas? Lo celebro, amigo, y le felicito á usted por el capricho.

JORGE. ¿Capricho?

VIZC. Por supuesto. ¿De qué demonios se puede hablar con una vieja en los baños, como no sea de asma, de reumatismo ó de alguno esos regalos que nos envia la Providencia? Á propósito; ¿usted ha estado en los baños? ¿Habrá usted visto á mi mujer?

JORGE. Algunas veces, señor Vizconde.

VIZC. ¿Y cómo está de sus nervios? Padece tanto la pobrecilla, que es una compasion. Yo me afecto de tal manera cuando estoy á su lado, que he tenido que tomar la resolucion de no verla casi nunca.

FED. Y algunas otras deidades consolarán al señor Vizconde entre tanto.

VIZC. (Con fatuidad.) Es forzoso distraerse.

FED. Y hoy le encuentro á usted un aire conquistador y calavera...

VIZC. ¿Si? (Riendo.) ¿De veras? Pues si usted supiera... ¡Estoy cavilando en la aventura mas chistosa que puede

imaginarse!

FED. ¿De veras?

VIZC. Figúrense ustedes qué hace cuatro años que estoy loco perdido, por una muchacha encantadora de Valencia, una compañera de la infancia...

JORGE. Compañera de infancia. (Ap.)

VIZC. Ojos negros... pelo negro... dientes... blancos.

JORGE. Esas señas...

VIZC. ¡Y una boca... un talle!... Sin contar su magnífico orgullo, que la hace aun mas interesante.

JORGE. (Ap.) (Ella es.) Y esa jóven...

VIZC. Yo queria á todo trance casarme con ella...

JORGE. Y ella sin duda...

VIZC. ¡Por supuesto! estabamos destinados el uno para el otro desde la niñez. ¡Pero vean ustedes qué desgracia! Una maldita quiebra arruina de repente á la muchacha, y... adios proyectos. El matrimonio se lo lleva la trampa, y nos vemos precisados á separarnos.

JORGE. ¿Y aquel amor?...

VIZC. ¡Eh! Siguió mas profundo, mas firme y arraigado que nunca en nuestros corazones.

JORGE. Ella habia confesado á usted que le amaba...

VIZC. ¡Mil veces! Es decir, ella no me lo dijo nunca claramente. El rubor... el empacho... pero yo lo adivinaba en... sus ojos, en su silencio mismo.

JORGE. ¡Ya!

VIZC. Ya comprenden ustedes que esta situacion era cruel, terrible... desoladora: vernos separados por un obstáculo insuperable...

FED. ¿Su casamiento de usted?

VIZC. ¿Mi casamiento? ¡No! ¿Qué tiene que ver mi casamiento!...

FED. Yo creia...

VIZC. ¡Bah! El casamiento y el amor son cosas completamente heterogéneas. Usted no comprende...

FED. Ni una palabra.

JORGE. Si, hombre: el obstáculo de que habla el señor Vizconde no consistia en que el amante fuera casado, sino en que la amada permaneciera soltera.

VIZC. Eso es.

JORGE. ¿Comprendes ahora? En la gran sociedad no se puede seducir á una jóven de elevada categoria.

VIZC. Seguramente; vale mas tomar el partido de esperar.

JORGE. Todo el mundo se escandalizaria. Se perseguiria al seductor...

VIZC. ¡Por supuesto!

JORGE. Pero supon, por ejemplo, que la jóven se casa.

VIZC. Eso es.

JORGE. Y entonces ya no hay obstáculo... ¿no es esto, señor Vizconde?

VIZC. ¡Exacto, exactísimo! Pues bien, amgos mios, juzguen usdes de mi alegria; ¡la muchacha se casa!

JORGE. ¡Bravo!

VIZC. ¡Se casa, eh! ¿qué tal? La consecuencia es bien clara.

JORGE. Ya lo creo.

VIZC. Ella no tiene un real, el novio es rico, con que se casa por conveniencia.

JORGE. Y por lo tanto no amará á su marido.

VIZC. Es natural. El marido será...

JORGE. ¡Un embécil! como todos...

VIZC. Me hago amigo suyo...

JORGE. Bien pensado.

VIZC. Me encargo de acompañar á la niña á los paseos, al teatro, á los bailes...

JORGE. Bien.

VIZC. Y á la menor coyuntura favorable... Recopilacion de todos los recuerdos de la familia, pintura horripilante de los sufrimientos de la separacion, maldiciones melodramáticas á los bárbaros parientes que me hicieron casarme con cuarenta mil duros de renta..... lágrimas, suspiros...

JORGE. Etcétera, etcétera. La muchacha se enternece y tableau final.

VIZC. Eso es, y cae el telon.

JORGE. ¡Bravo, amigo, bravo! (Riendo.)

VIZC. ¡Eh, magnífico!

JORGE. ¡Si, delicioso! Pero rie, hombre; ¿no te parece divertido?

VIZC. Es cierto; ria usted, hombre. ¡Qué cara tan extraña!

JORGE. Cualquiera creeria que era el marido.

VIZC. Es verdad, es verdad; ¡asi debe quedarse el marido despues de la catástrofe!

JORGE. ¡Já, já!... es cierto. Voy adentro.

VIZC. ¡Já, já! ¡Adios, marido! Lo dicho: ¡qué cara tan original! ¡Já, já! Adios, querido. ¡Já, já!

ESCENA XIII.

JORGE, FEDERICO.

JORGE. Y bien, amigo mio, ¿qué te parece?

FED. ¡Estoy estupefacto!

JORGE. ¿Y qué harias en mi lugar?

FED. ¿Qué haria? Dar mil gracias á Dios por no haberme casado todavia...

JORGE. ¿Para retirar tu palabra? Pues bien, Federico, yo quiero hacer lo contrario.

FED. Medítalo bien. Ese primo...

JORGE. Es un nuevo peligro que quiero vencer; las contrariedades lejos de desanimarme, me irritan... ¡Ah, si mi madre estuviera aqui!

FED. Poco debe tardar. Hace ya dias que debió salir de Barcelona...

JORGE. Para encontrarnos en Valencia... despues de dos meses de separacion; pero quién sabe si sus asuntos la habrán detenido á su pesar.

FED. Alguien llega.

JORGE. ¡Luisa! ¡Ah, tiemblo! Mi suerte está echada. Corre, amigo mio, vé á Valencia, y si ha llegado mi madre vuelve á buscarme.

FED. Voy volando.

ESCENA XIV.

LUISA, JORGE.

LUISA. (Acercándose con precaucion.) ¿No hay nadie?

JORGE. ¿Es usted, mi querida Luisa?

LUISA. ¡Chit, no tan alto! Mamá me ha encargado el sigilo.

JORGE. ¡Ah! ¿La ha hablado usted ya?

LUISA. ¡Si, ingrato!

JORGE. Y sabe usted ya...

LUISA. ¡Todo! Es decir...

JORGE. ¿Y cuál es la respuesta de usted?

LUISA. Esta. (Tendiéndole la mano.)

JORGE. ¡Qué! Se dignará usted aceptar...

LUISA. Con todo mi corazon.

JORGE. ¡Luisa, es posible!

LUISA. ¿No creia usted, sin duda, que la orgullosa hija de mis padres se resolviera á tal sacrificio? ¡Ah, Jorge! por usted me es agradable cualquiera humillacion: ¡mi único orgullo es el de mi cuna, el de mi nombre!

JORGE. ¿Qué dice usted?

LUISA. Que ya sé todo el misterio. Sé que usted es rico, demasiado rico quizá, y si yo fuera la digna descendiente de los Altamura debia rehusar unir mi pobreza á tanta riqueza; pero, ¿qué quiere usted? la culpa no es mia, es de usted, Jorge.

JORGE. ¿Mia?

LUISA. ¡Ocultar su fortuna en vez de ostentarla! Temer que mi orgullo se ofendiese de sus riquezas! Hay tanta delicadeza en ese rasgo, que casi doy gracias al cielo de no poseer nada, para deberlo todo al amor de usted.

JORGE. ¡Oh, Luisa, Luisa! ¿Pero su mamá de usted no le ha dicho mas?

LUISA. ¿Mas? ¿Hay mas todavia? Por eso, sin duda, me ha dicho que le esperaba á usted.

JORGE. ¿Me espera?

LUISA. Sin duda para prepararme otra sorpresa.—Muy bien; permito los secretos todavia; pero mas adelante... Adios, amigo mio. No haga usted aguardar á mamá. Yo voy á ponerme todo lo mas bonita posible: ¿qué quiere usted? como no soy millonaria necesito valerme de mis recursos para que me quieran. ¡Adios!

ESCENA XV.

JORGE.

¡Oh, Luisa encantadora! Si, pero cuando lo sepa todo... ¡me desdeñará! Y su familia y el Vizconde... el Vizconde sobre todo... ¡Oh! seria preciso vencerle con sus mismas armas; el ingenio, la astucia... ¡Y qué! ¿Acaso el talento, la diplomacia estan vinculadas en una sola clase de la sociedad! Vamos á ver á la Marquesa y probemos á estos encopetados señores, que aunque salido de las filas del pueblo, soy tan caballero como ellos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA, MARIA.

COND. (Entrando.) Venga usted, venga usted. Aqui podemos hablar con mas comodidad. Vaya, siéntese usted, y veamos como arreglamos este asunto.

MAR. Lo agradezco, señora Condesa; pero yo no me siento casi nunca. Yo trato mis negocios de cualquiera manera, de pié ó sentada; con que, ¿nos arreglamos? ¿si, ó no?

COND. Pero póngase usted en razon; las mulas son excelentes.

MAR. ¿Excelentes? No son malejas; la torda sobre todo tiene una planta y un pelo... y aquella baya calzada de mano... pero quiere usted muy caro por ellas.

COND. ¡Caro! Unas mulas sanas, jóvenes!

MAR. La torda cerrará para estas yerbas... sanas... si, son sanas, pero tambien son caras.

COND. ¿Caras? No es cierto, y cuando usted las examine despacio...

MAR. No, no, señora Condesa, ya las conozco; me basta á mí una mirada para conocer una bestia, aunque algunas

veces me suelo llevar chasco. Un dia me enamoré de una yunta de vacas retintas, y las pagué doble de lo que valian. Con que vamos, señora Condesa, para no cansar: 12,000 reales doy por las mulas.

COND. Sea lo que usted quiera. ¿Y por la cosecha de este año?

MAR. Eso es otra cosa; al venir he visto en las eras el trigo y la cebada, que valen á mi cuenta, 4,000 reales mas de lo que usted me pide; yo soy mujer de conciencia y se los ofrezco á usted.

COND. Ya veo que efectivamente es usted una mujer honrada, señora Maria.

MAR. ¡Ya lo creo! ¿Con que quedamos conformes, eh? 10,000 reales por el trigo, 4,000 reales la cebada y 12,000 por las mulas... ¿es decir, 26,000 reales por todo?

COND. Eso es. Tomaremos un apuntito para la debida formalidad. ¿Quiere usted un papel?

MAR. Yo, ¿para qué? Ya lo tengo apuntado de sobra.

COND. ¿En dónde?

MAR. Aqui. (Señalándole la frente.)

COND. Bien, pero siempre será conveniente que hagamos una nota que ambas firmaremos...

MAR. Es que... señora Condesa, yo no sé firmar.

COND. ¡Cómo! no sabe usted...

MAR. ¿Escribir? ¿Y para qué lo necesito? El escribir es una mala costumbre, y sucede lo que con los anteojos y las muletas, que en haciéndose uno...

COND. ¿Pero cómo arregla usted sus cuentas? Usted tan rica... tan...

MAR. ¡Bah, bah! ¡para 15 ó 20,000 onzas que yo manejo en el año! Mis cuentas son muy sencillas y no necesito... ¿Cuánto vale el rebaño de merinos, tio Saturio?—Tanto, señoria Maria.—¡Anda camastron, y no le has podido vender en la feria por la mitad!—Pues déme usted lo que quiera, señora Maria.—Bien, bien; vete á casa y te llevarás una taleguita que tengo en un rincon del arca, y ademas un vestido nuevo para la muchacha, que parece que te quiere dar nietos.—Corriente, señora Maria, hasta mañana. Al dia siguiente viene, se lleva el dinero, yo encierro el rebaño en el corral, y ahí tiene usted arreglado el negocio. Pero me olvidaba charlando, charlando... no me acordaba...

COND. Algun asunto de interés...

MAR. Si, señora, un asunto... pero no de dinero, sino de... vaya, vaya, no quiero soltar la lengua, porque si empezara no acabaria y seria capaz hasta de sentarme...

COND. ¿Y qué mal hay en eso?

MAR. Sentarme... cuando me estará esperando quizá...

COND. ¿Quién?

MAR. ¿Quién ha de ser? ¡Vaya! ¡Mi orgullo, mi alegria, m hijo!

COND. ¿Su hijo de usted?

MAR. Si, señora, mi hijo, á quien no he visto hace dos meses: á quien no he abrazado hace dos meses, y al que voy á encontrar dentro de un instante mas contento que nunca, porque vá á ver á su madre y á casarse.

COND. ¡Casarse! Entonces ya comprendo toda la impaciencia, todo el interés de usted. Yo tambien tengo un hijo, y ademas caso hoy á mi hija adoptiva...

MAR. ¿Hoy? ¿De veras? ¡Cuánto me alegro! Por eso me ha petado usted desde que la he visto. Cuanto se encuentran dos madres que quieren á sus hijos, como nosotras, aunque la una sea toda una Condesa, y la otra una záfia labradora, los dos corazones bailan pronto al mismo compás. Pues bien, señora Condesa, permítame usted que la diga una cosa...

COND. Diga usted.

MAR. Digo, que ojalá Dios la dé á usted, su divina Majestad, un yerno como mi hijo.

COND. Gracias, y por mi parte, no puedo menos de desear á usted una nuera como mi sobrina.

MAR. ¡Bah! En cuanto á mi nuera, creo que no tendré nada que pedir.

COND. ¿Es alguna labradora rica?

MAR. ¡Cá! ¡labradora! No, señora: nosotros picamos mas alto.

COND. ¿Acaso la hija de algun comerciante?

MAR. ¡Quiá! ¿Comerciante para mi hijo?...

COND. ¡De algun abogado!...

MAR. ¡Quiá! ¡Valiente cosa!

COND. ¿Es alguna princesa entonces?

MAR. Y qué, ¿cree usted que seria mucho?

COND. Vamos, ya veo, señora Maria, que es usted una verdadera madre, y el cariño la hace á usted decir disparates.

MAR. No, señora, yo sé bien lo que digo; aunque fuera una

sultana no seria mucho para mi hijo.

COND. ¿Pero su hijo de usted no es labrador tambien?...

MAR. ¡Mi hijo, mi hijo destripar terrones!... ¡Mi hijo es un sabio!

COND. ¿Segun eso le ha hecho usted que aprenda á escribir?

MAR. ¡Escribir! ¡Vaya! Y latin, y griego, y matemáticas y ortografia. ¿Qué pensaba usted? Que la tia Maria sea una pobre rústica, ¿qué importa? Con tal que sea mujer de bien; ¡pero mi hijo! Para él, todo lo del mundo es poco. Y por muy buena que sea mi nuera nunca le llegará á la suela del zapato. Por eso estoy deseando conocerla...

COND. ¿Qué, usted no la conoce todavia?

MAR. No, señora.

COND. ¡Qué coincidencia! ¿Creerá usted que yo tampoco conozco todavia á mi futuro sobrino?

MAR. ¿De veras? ¿Pero al menos sabrá usted cómo se llama?

COND. Hace un cuarto de hora solamente.

MAR. Pues tiene usted mas fortuna que yo, porque hasta la presente...

COND. ¡Es original!

MAR. ¿Qué quiere usted? Es una sorpresa que me quiere dar. Me escribió, diciéndome que no tuviera cuidado, que quedaria contenta de la novia; *contenta* con una rayita por abajo, segun me dijeron. Pero no importa, por mas bonita que sea, y aunque tenga dote y sus veinte abriles por contera, la desafio á que le quiera tanto como yo... y lo que es á ella... trabajo le ha de costar que le tenga el cariño que á su madre.

COND. ¿Con que tanto la quiere á usted?

MAR. ¡Toma! Figúrese usted que durante diez y ocho años no se ha separado de mí un solo dia, y ahora... ya no nos separaremos nunca.

COND. Sin embargo, si se casa...

MAR. Por eso mismo. Yo vendo mis tierras, mis ganados, mi molino, ¡todo! y me voy á vivir con él. Ya tengo arreglada la escritura de venta y hoy se firma: él se ha empeñado, y como su voluntad es la mia... Si, señora, viviremos juntitos... y ya no pensaré mas que en descansar de tantos sudores, de tantos afanes como hemos sufrido.

COND. Pues qué, ¿usted no ha sido siempre rica?

MAR. ¡Rica! ¡Hemos pasado muchas hambres, señora!

COND. Y entonces, ¿cómo ha podido usted educar á su hijo... darle una carrera?...

MAR. ¡Ay, señora! Á fuerza de trabajos y de penas... y cuando me acuerdo de aquellos tiempos... (Sentándose sin pensar.) ¡Lo vé usted! Cuando yo la decia que me iba á sentar...

COND. ¿Y qué importa?

MAR. El caso es... pero tiene usted razon. Cuando se trata de hablar de él... (Vuelve á sentarse.) Pues bien, señora, ha de saber usted, que yo comencé mi fortuna vendiendo fruta á la puerta de la universidad de Zaragoza, que es mi tierra. Todos los estudiantillos venian á mi cesta cuando se acababan las lecciones, y con el producto de aquella pobreza mantenia yo á mi hijo, que en tanto, procuraba hacerse útil á todo el mundo, barriendo las cátedras, ayudando á los criados y llevando los libros á los señoritos ricos. Yo volvia á casa por la noche, y al verme llorar de pena, contemplando nuestra miseria, no llore usted, me decia, madre, que algun dia seré yo profesor en esa misma cátedra que me ha visto usted barrer esta mañana.

COMD. ¡Pobre muchacho!

MAR. Andando el tiempo, su dulzura, su afabilidad y su gracia le hicieron el niño mimado de los estudiantes y de toda la universidad. Y un dia que el señor rector pasaba á su lado, se detuvo, y dándole una palmadita en la cara, ¿cómo te llamas, muchacho? le dijo. El chico no perdió la serenidad, y con aquella voz que penetra hasta el corazon, me llamo Jorge Simon, le dijo, y tengo unas ganas de aprender...

COND. ¡Qué oigo! ¡Jorge Simon!... ¿Jorge Simon es su hijo de usted?

MAR. Qué, ¿usted le conoce?

COND. Si.

MAR. ¿De veras le conoce usted? ¿Le ha visto usted? ¿Ha hablado usted con él? ¡Vaya! Entonces dígame usted, dígame usted, ¿qué le ha parecido?... ¿No es verdad que es un mozo como un sol? ¿No es verdad?... pero ¡bah! usted no le conoce... usted no puede conocerle. ¿Qué me ha de decir usted de él? Que es un real chico, que es muy amable, que tiene una cinta en el ojal, que es

sabio, que será un personaje y, tal vez, ministro el mejor dia... Todo eso no vale nada, nada en comparacion de lo que él tiene... aqui... esa bondad, ese cariño á su madre ignorante, tosca, palurda, y á quien quiere, sin embargo, tanto, como si fuera tan pulida y tan jóven como su sobrina de usted. ¡Bah, bah! Ya no puedo aguantar más, voy á darle un abrazo. Con que adios.

COND. ¡Eh! Espere usted un momento, ó no la dejo á usted marchar.

MAR. Perdone usted; pero me está esperando en Valencia y...

COND. No está en Valencia.

MAR. ¿No? ¿Pues en dónde está? ¿Usted lo sabe?

COND. Sí, y se lo diré á usted con la condicion de que se ha de detener usted aqui hasta que la presente á usted á mi sobrina.

MAR. (Accediendo con disgusto.) Pero me promete usted que despues...

COND. La prometo que verá usted á su hijo antes de lo que pensaba.

ESCENA II.

DICHAS, el VIZCONDE.

VIZC. ¡Tia, tia!

COND. ¿Qué ocurre, Vizconde?

VIZC. ¡Gran noticia! Ya he descubierto...

COND. ¿Qué?

VIZC. ¡Qué! El marido de Luisa.

COND. ¿Cierto?

VIZC. ¡Toma! Como que le he visto y usted tambien! ¡Si es el ingeniero de esta mañana!

COND. (Estupefacta.) ¡Cómo! El ingeniero...

MAR. Un ingeniero...

VIZC. El señor don Jorge Simon.

COND. ¡Simon!

MAR. ¿Mi hijo?

VIZC. ¡Eh, su hijo! ¿Quién es esta mujer?

MAR. ¡Dios mio! ¿Qué he oido? ¡Será posible! Con que es mi hijo quien... es decir, el que... y su novia es esa seño-

rita... su sobrina de usted, á quien ya queria yo sin conocerla... ¡Será cierto, Dios mio! ¡Qué fortuna!

VIZC. ¡Fortuna!

MAR. Para ustedes en primer lugar, porque su familia cuenta con una alhaja mas; y luego para mí tambien, porque la señora Condesa ha estado tan buena, tan amable conmigo, que si se le parecen los demas parientes... Si, señor, hemos estado aqui hablando como dos cotorras... como si nos conocieramos de toda la vida, ¿no es verdad, señora Condesa? ¡Dios mio, qué alegria! Venga, venga un abrazo, una vez que somos parientes...

VIZC. ¡Bravo! Yo tambien soy de la familia. Con que venga otro abrazo.

MAR. Usted... ¿y usted qué es mio?

VIZC. Yo debo ser sobrino, porque usted tiene cara de tia.

MAR. ¿De veras? ¡Pues vaya! ¿Allá vá? Ande usted, don Mirliflor, que otras peores habrá usted... ¿Pero y mi Jorge, dónde está?

VIZC. Mi primo, ahí cerca, en el jardin.

MAR. En el jardin. Voy corriendo. ¡Agur, parienta! ¡Adios, sobrinillo! ¡Ah, ya le veo, Jorge, hijo!

ESCENA III.

DICHOS, menos MARIA.

VIZC. (Mirando por la puerta.) ¡Já, já, magnífico reconocimiento! ¡Abrazo! ¡Madre mia! ¡Hijo mio! ¡Já, já! ¡Tableau! ¡Pero qué es eso, tia, está usted demudada!

COND. Es imposible. ¡Su hijo esposo de Luisa! ¡Oh, no es cierto, no puede serlo!

VIZC. ¡Pardiez, el escribano mismo me lo ha dicho!

COND. Repito que es imposible. Luisa no puede haberse resignado...

VIZC. ¿Á amarle? No. Á casarse con él? Si. Siempre se resigna uno á casarse con veinte mil duros de renta. Esta noche se firman los contratos.

COND. ¿Esta noche? ¡Lo veremos! Voy ahora mismo á hablar con mi cuñada. Se trata del honor, de la familia, y es preciso que me oiga, mal que le pese.

ESCENA IV.

EL VIZCONDE.

Vaya usted, vaya usted. Por mas que usted haga, Luisa se casará con el señor don Jorge, y á alguno no le pesará... ¡Qué fortuna! Tropezar precisamente con el marido que yo necesitaba, un marido de encargo, un marido Simon, un marido a quien no ama y á quien detestará dentro de ocho dias. ¡Já, já, no perdamos tiempo! ¡Ah, Juanita!

ESCENA V.

VIZCONDE, JUANA.

JUANA. ¿Señorito?

VIZC. ¿Dónde está Luisa?

JUANA. Está acabando de vestirse.

VIZC. (Entonces no sabe nada todavia.) Escucha, Juanita. Creo que hace ya mucho tiempo que no te he dado nada.

JUANA. En efecto, señor Vizconde, y eso me anuncia que tiene usted algo que pedirme.

VIZC. Es verdad. Y si yo me atreviera á rogarte que llevaras este papelito á quien indica el sobre...

JUANA. Á la señora Luisa. ¿Pero está usted en su juicio, señorito? ¡Escribir cartitas á una novia el dia mismo en que vá á casarse con otro?

VIZC. ¡No, no te asustes, muchacha! Pienso escribírselas tambien despues.

JUANA. ¿Despues? Vaya, vaya, esto es muy mal hecho, y yo...

VIZC. Al contrario, este es el primer artículo del código de los primos.

JUANA. ¿Cómo?

VIZC. Artículo primero. El primo se introducirá clandestinamente en el cuarto de la prima, en el momento de ponerse el velo nupcial; se arrojará á sus piés con desesperacion y la jurará con el tono mas melodrámatico que pueda encontrar, que se vá á saltar la tapa de los sesos si se encamina á la iglesia. La muchacha se encamina, y el primo no se salta nada, pero no importa. La imá-

gen del jóven persigue á la inocente paloma por todas partes, la consume, la turba, la hace estremecerse y decir por lo bajo: ¡pobre primo! Al dia siguiente la frase cambia, y en vez de pobre primo, ya se puede decir: ¡pobre marido!

JUANA. ¿Y eso es lo que contiene esta cartita?

VIZC. Sobre poco mas ó menos.

JUANA. Pues no se la daré.

VIZC. Apostemos á que si.

JUANA. No, no.

VIZC. Es que tú no sabes lo que dice la postdata.

JUANA. Ya lo presumo.

VIZC. No. La postdata dice: si Juana es la portadora de la epístola, Juana recibirá ocho doblones al contado.

JUANA. ¡Ah! ¿dice eso?

VIZC. (Dándole un bolsillo.) ¡Míralo tú misma!

JUANA. Entonces.. es diferente. Usted perdone, señorito; como yo no habia leido... pero me dá una lástima el pobre marido!

VIZC. No tengas cuidado; ya lo sabe.

JUANA. ¡Cómo!

VIZC. Si, le he dicho que amaba á su mujer, y que pensaba hacerla la córte. Ya ves, estas son consideraciones que se deben guardar entre parientes.

JUANA. ¿Y él?

VIZC. Nada; me oyó tan fresco, sin comprender... ¡Es un pazguato!

JUANA. Sin embargo, no tiene cara de tonto.

VIZC. Phs, no lo será; pero es plebeyo, hombre de poco mundo, y esos entes, por mas que hagan, han nacido... para maridos.

JUANA. ¿Maridos?

VIZC. Yo me entiendo. ¡Anda, anda! lleva mi carta y cuenta con mi agradecimiento para lo sucesivo. (Váse.)

ESCENA VI.

JUANA, á poco JORGE.

JUANA. Mas me gusta el otro que este, y sin embargo...

JORGE. ¡Magnífico! (Ahora entro yo.) Veamos si consigo... ¡Hola, Juanita! ¿estabas aqui? Me alegro de verte. Tenia

que hablarte.

JUANA. Señorito...

JORGE. Dime, Juanita: (Sentándose.) ¿has estado alguna vez en el teatro?

JUANA. Si, señor; muchas. Cuando servia en Valencia, todos los domingos por la tarde, ya se sabia... ¡pues poquito me gusta á mí el teatro!

JORGE. ¿Y te acuerdas de las comedias que representaban?

JUANA. ¡Vaya si me acuerdo!

JORGE. Con que te acuerdas, ¿eh? Entonces observarias que en casi todas ellas figuraban siempre cuatro personas con distintos nombres. Una mujer que no quiere á su marido; un marido muy bonachon, que no lo sospecha; un amante jóven, guapo, de bigote retorcido, militar ó vizconde, generalmente vizconde...

JUANA. Es cierto.

JORGE. Y ademas, una criada, doncella ó camarera, ladina y astuta. ¿Y no recuerdas qué es lo que ordinariamente pasa entre la doncella y el vizconde?

JUANA. ¿Yo? no, señor.

JORGE. Sí. El vizconde... figúrate que soy yo; se acerca á la muchacha, supongamos que eres tú, con una cartita en una mano y un bolsillo en la otra... Y la muchacha... (Juana mete las manos en los bolsillos del delantal.) Eso es... perfectamente: la muchacha oculta cuidadosamente ambas cosas en los bolsillos de su delantal, para que el marido no las vea. ¿Ves como te acordabas perfectamente? Cuando yo te decia...

JUANA. (¡Dios mio, soy perdida!)

JORGE. Pues bien, Juanita, para eso queria hablarte. Yo pienso escribir una comedia, y me ha ocurrido inventar una cosa que creo ha de producir buen efecto. En vez de buscar una criada que sea la confidente del amante, como sucede en todas esas que tú has visto, yo pienso hacerla confidente del marido; de ese pobre marido, á quien todo el mundo abandona, y á quien será mas justo proteger. ¿Qué te parece á tí de esta invencion?

JUANA. Yo... señorito...

JORGE. Desde luego el papel de la criada gana mucho en este cambio... No corre el riesgo de ser despedida ignominiosamente de la casa... lejos de eso se hace acreedora

con su conducta honrada y leal á la recompensa del marido.

JUANA. Señorito...

JORGE. Y ademas, su posicion es agradable y divertida. Figúrate; burlarse del burlador, vencer al victorioso, reir á expensas del que creia reirse de los demas... ¿Qué dices de esto?

JUANA. Digo, señorito, que es usted el hombre mas bondadoso del mundo, y yo soy una infame, una ingrata, á quien debia usted despedir de una casa en que... Tome usted la carta.

JORGE. Bien, Juanita. ¿Este billete será una declaracion de amor?

JUANA. Creo que si.

JORGE. Entonces no necesito leerle para responder. (Se sienta á escribir.)

JUANA. ¡Cómo!

JORGE. Si: voy á escribir.

JUANA. ¡Á quién!

JORGE. Al Vizconde. Seria una impolítica no contestarle.

JUANA. ¡Dios mio! ¿Para desafiarle quizás?

JORGE. No; las mujeres no se baten.

JUANA. No entiendo.

JORGE. Mira. (Enseñándole la carta.) Si me amas... Silencio.

JUANA. Pero qué, ¿usted escribe por la señorita? ¿La sustituye usted con el primo?

JORGE. ¿Qué he de hacer? Él quiere sustituirme á mí con la prima. Anda, vé á buscarle; entrégale este papel y cuidado con la fidelidad.

JUANA. ¡Oh! descuide usted; ya estoy corregida de mi falta.—Voy corriendo.—¡Ah! dígame usted: si por casualidad me ofrece algo... ¿qué hago?

JORGE. Tomarlo: en eso no hay mal ninguno; al contrario, si rehusaras podria sospechar...

JUANA. Tiene usted razon. (¡Qué guapo es!)

ESCENA VII.

JORGE, á poco MARIA.

JORGE. Pues señor, el proyecto ha empezado bien: ya tenemos un enemigo fuera de combate.

MAR. (Saliendo muy agitada.) ¡Jorge, Jorge! Te buscaba, hijo.

¿Sabes lo que pasa?

JORGE. ¿Qué pasa, madre mia?

MAR. ¿Sabes que toda esa familia te acusa de haberla engañado?

JORGE. Ya lo sé; pero tranquilícese usted.

MAR. ¿Que me tranquilice? De eso estoy tratando hace una hora, y buen trabajo me ha costado contenerme cuando oí á la Condesa decir que yo no podia ser parienta suya. Por poco suelto una... no, no: no la solté; tú me habias dicho que tuviera prudencia... y... Pero á poco rato les oí á todos gritar á voz en cuello que no admitirian nunca en su familia al hijo de una palurda, de una chalana. ¡Chalana! ¡chalana, porque les compro sus bestias en doble de lo que valen! ¿Y qué son ellos? ¿acaso los condes y los marqueses no venden sus caballos y sus mulas? ¿No me ha vendido aqui, en esta misma sala, la señora Condesa... ¡y á qué precio! ¡Oh! no sé cómo he podido contenerme para... no, no, tú me habias dicho que tuviera prudencia, y me la tragué!... pero la que queda es mas gorda ¿Sabes lo que acabo de oir por boca de ese viejo seco y arrugado?

JORGE. ¿El Marqués de Fuenfria?

MAR. No sé; uno que no habla mas que de la nobleza y los pergaminos... ¡pergaminos! ¿qué mas pergamino que él?

JORGE. ¡Vamos! cálmate; es un hombre de talento. Ha escrito una obra.

MAR. ¿Y á mí qué me importa su obra ni su talento? ¿Sabes lo que me han dicho? ¿Lo sabes? Que ya no hay nada de boda, que se ha desbaratado, que nunca consentirian en que tú... ¡Oh! Ya no he podido resistir mas y vengo... ¡Despreciar un marido como este! ¿Con esos ojos, y ese talle, y esa cara?... ¡Que me busquen uno igual entre toda esa cáfila de señorones entecos y espiritados! ¡No, no! esto me desespera, me enrabia... ¡Su raza! ¡Siempre estan hablando de su raza! Pues bueno, que la crucen; es el modo de sacar buenas crias. Yo lo entiendo.

JORGE. Pero escúcheme usted, madre. ¿Qué importa que toda esa noble familia me rechace, me desprecie, si Luisa me acepta?...

MAR. ¿Qué dices?

JORGE. Si, tengo esperanza... vá á venir, la aguardo .. se lo

confesaré todo, ¡y quién sabe si mi amor, si mi ternura triunfarán de las preocupaciones de su clase, de su familia! Si lo contrario sucediere, seria muy desgraciado, porque la amo con toda mi alma.

Mar. ¡Pobre hijo mio!

Jorge. ¡Siento pasos... ella debe ser... ella es!...

Mar. ¡Ella! Déjame que la vea un momento. (*Acercándose á la puerta.*) ¡Oh, qué hermosa es! Si, es casi tan guapa como... no, no; vale él cien veces mas. Vamos, hijo; (*Arreglándole el pelo y la corbata.*) vamos, ánimo, valor; háblala como tú sabes... con ese tono, ese acento... ¿Estás? y de fijo... Cómo ha de ser tan tonta que... ¡Ah! si yo estuviese en su lugar .. Vaya, adios, adios... firmeza, y acuérdate de quien eres.

ESCENA VIII.

JORGE, LUISA.

Jorge. ¡Llegó el momento! ¡Valor!

Luisa. ¡Jorge, Jorge! ¿qué tiene usted? Le encuentro distraido, triste. ¿Acaso no le gusta á usted mi traje? Dígamelo usted, y me iré á poner otro al momento.

Jorge. No, Luisa; tengo que hablar á usted de cosas muy graves, y necesito de toda mi voluntad, de toda mi energia, para vencer los temores que me asaltan en este momento.

Luisa. ¿Temores? ¿Puedo yo disiparlos? Hable usted.

Jorge. Luisa, perdóneme usted si mis palabras ofenden tal vez su tierno corazon; pero á pesar mio, á pesar de las pruebas que he merecido á usted de su puro cariño, temo... temo que usted no me ame como yo la amo á á usted.

Luisa. ¡Ingrato! ¿Y eso es lo que le atormenta á usted hoy? ¿En el dia mismo en que voy á ser suya para siempre?

Jorge. ¡Oh! no me culpe usted, Luisa. Cuando se ama como yo a no, se tiene celos de todo. Se llega á temer que la imaginacion haya fascinado á la persona que amamos, y arrastrada por las preocupaciones sociales, por las conveniencias del mundo, haya confundido el amor con la vanidad, haya consagrado su cariño á un título, á un nombre brillante, mas bien que á la persona que lo

lleva.

LUISA. ¿Qué dice usted?

JORGE. Si, Luisa, mas de una vez nos engañamos en nuestros propios afectos... mas de una vez... Esta mañana mismo he sabido el rompimiento de un enlace que prueba cuán fundados son los temores que abrigo. ¿Usted conoce á Angelita de Peralta? ¿Sabe usted su proyectada boda con don Cárlos de Ribera, á quien amaba tiernamente? Pues bien; el dia mismo de verificarse fué despedido de la casa por haber descubierto que no era como creian, el baron don Cárlos de Ribera, sino simplemente don Cárlos de Ribera, ingeniero.

LUISA. ¿Ingeniero?

JORGE. Si. ¿Aprueba usted la conducta de la señora de Peralta?

LUISA. (Sencillamente.) Seguramente. Un matrimonio entre personas que no pertenecen á la misma clase, no puede ser feliz.

JORGE. ¿Esa es la opinion de usted? Es decir que usted cree en la diferencia de cunas, en la desigualdad de condiciones...

LUISA. (Id.) ¿Qué quiere usted, amigo mio? esas son las ideas que he adquirido en mi infancia y fortalecido con la razon. No me acuse usted de orgullosa; pero, ¿no cree usted justo y santo conservar inmaculado, sin mancha, el nombre glorioso que nuestros antepasados legaron á los siglos con sus heróicos hechos?

JORGE. Sin duda, pero...

LUISA. Si una jóven de familia noble es demasiado pobre para casarse con una persona de su clase, debe renunciar para siempre al amor, debe preferir una vida pobre y oscura á un matrimonio desigual.

JORGE. ¿Y si fuese amada como usted, Luisa?... y si ella amase á un hombre como usted me amaba á mí... hace tres meses, cuando delirante de amor caí á sus plantas por primera vez...

LUISA. ¡Jorge!

JORGE. Si entonces hubiera á usted dicho: Luisa yo soy el hombre honrado que usted ha hecho feliz con su cariño; pero la clase de usted no es la mia, mi nacimiento no es igual al de usted... yo no soy el conde de Torre-Hermosa, no soy mas que Jorge... ¿qué hubiera usted

hecho?

LUISA. ¿Yo?

JORGE. Si, responda usted; ¿qué hubiera usted hecho?

LUISA. ¡Pero, Dios mio! ¿por qué me hace usted esas preguntas?

JORGE ¡Responda usted, responda usted en nombre del cielo!

LUISA. ¡No, no, Jorge! ¿por qué atormentarnos con temores imaginarios? ¿por qué hacerme vacilar entre mi cariño y mi deber?

JORGE. Ya lo sabe usted, Luisa, porque quiero saber si usted me ama como yo la amo á usted, por usted misma, por usted sola... ¡Oh! hable usted. ¿Si yo fuera ese Ribera y usted Ángela... si usted me viese á sus pies, suplicando, sollozando, escucharia usted la voz de su orgullo, ó la de su corazon? ¿me tenderia usted su mano cariñosa, ó me arrojaria con desden de su presencia?

LUISA. ¡Cielos! ¿Qué tiene usted, amigo mio? ¿lágrimas... ¡Jorge, Jorge! ¿qué significa esto?

JORGE. ¡Oh, Luisa! Significa que todo es cierto; que esas suposiciones son exactas. Significa que yo no soy el noble conde de Torre-Hermosa, sino el plebeyo Jorge Simon, que morirá de pena á esas plantas, si usted no tiene piedad de él.

LUISA. ¡Dios mio! ¿Qué dice usted?

ESCENA IX.

DICHOS, la CONDESA, con unas cartas.

COND. La verdad, Luisa.

LUISA. ¡Oh, tia mia!

COND. Si. Tu tia, que viene en nombre de tu madre para salvarte... y tal vez á usted tambien.

LUISA. ¡Cómo!

COND. Si, en nombre de toda tu noble familia vengo á suplicarte que rompas un casamiento que te perderia para siempre.

LUISA. ¡Dios mio!

COND. En primer lugar, toma: hé aqui lo que te escribe tu venerable tutor el Marqués de Fuenfria: «Hija mia, tú eres pobre y tu amante Jorge Simon es rico. Si le das tu mano, mañana dirá el mundo que has vendido tu

nombre por dinero.»

LUISA. ¡Yo vender mi nombre!

JORGE. ¡Ah, no hay esperanza!

COND. Asi opina tambien toda tu familia; y yo vengo á pedirte en su nombre que no deshonres tu familia con un enlace degradante.

JORGE. ¿Degradante?

COND. Perdone usted, caballero, si mis palabras le ofenden; yo debo desempeñar el encargo que mi familia me ha dado, por mas que no participe de sus ideas con respecto á usted. Lejos de eso, hasta tal punto aprecio y considero las cualidades que á usted adornan, que vengo á proponer á usted un medio de poder realizar esta union á pesar de tantos obstáculos.

LUISA. ¿Un medio?

JORGE. ¿Qué dice usted?

COND. La madre de Luisa es quien me ha suplicado que dé este paso, y solo por el cariño que la profeso y la estimacion que usted me debe, he consentido en encargarme de esta comision.

JORGE. ¿Y qué medio?...

LUISA. Hable usted, tia.

COND. Déjame á solas con este caballero. Retírate un momento.

LUISA. ¡Cielos! ¿Qué le dirá?

ESCENA X.

DICHOS, menos LUISA.

COND. Señor don Jorge, he querido ver á usted, sin testigos, porque de esta entrevista depende quizá la felicidad de Luisa y la de usted tambien. Usted no ignora que la sociedad en que vivimos tiene sus leyes y sus usos, y admitidos y sancionados por la costumbre. La suerte no ha querido dar á usted la misma cuna que á mi sobrina, y por desgracia para todos, Luisa al pertenecer á usted se veria precisada á descender de su clase, á separarse de su familia; Luisa, pues, no puede ser esposa del ingeniero don Jorge Simon.

JORGE. ¡Qué oigo! ¿Entonces cuál era el medio de que usted me hablaba?

CoND. ¿No lo ha adivinado usted?

JORGE. No comprendo...

COND. Su madre de usted le ha comprado una hacienda y el título que la está unido; ¿por qué no acepta el título y lleva usted un nombre que le pertenece ya legítimamente?

JORGE. ¿Yo llevar un título que no es mio?

COND. Es de usted, puesto que le ha comprado.

JORGE. ¿Dejar el apellido de mi padre? ¡Jamás!

COND. ¿Se olvida usted de Luisa? ¿Y es usted quien tal vez nos acusa de altaneros? ¿Usted, que tiene tanto orgullo como nosotros en llevar el nombre de su padre?

JORGE. Pero considere usted, señora, lo que de mí exige. Quiere usted que me presente á los ojos del mundo, de ese mundo cuyo aprecio he conquistado á fuerza de honradez y trabajo, adornado como el cuervo de la fábula con galas ridículas? Yo, que he cifrado mi anhelo en deberme lo que soy, lo que seré quizá algun dia, á mí mismo. Quiere usted que abandonando la clase en que he nacido, la que me ha educado, la que me prepara un puesto quizás mas elevado del que merezco, mendigue un rincon oscuro y aislado entre esa sociedad á que no pertenezco, que se avergonazrá tal vez de contarme en su seno? ¡Oh, no, nunca! Aun cuando debiera sacrificar todo el porvenir de mi vida seré fiel á las ideas que me han nutrido desde mi infancia; respeto á la nobleza demasiado para comprarla y tengo en mucho al pueblo para venderle.

COND. ¿Esa es la última resolucion de usted?

JORGE. Si, señora.

COND. Entonces tengo el disgusto de despedirme de usted para siempre. Este era el único medio de arreglar este asunto. Usted se niega á acceder á la peticion de la madre de Luisa, y yo en su nombre recojo su palabra. ¡Adios, caballero, adios!

ESCENA XI.

JORGE.

(Despues de un momento de pausa.) ¡Pues bien! ¡Se casará conmigo, será mi mujer á pesar de su madre, de su

tia, del mundo entero! ¡Ah, señora Condesa, cree usted que yo, cuya vida ha sido un combate perpétuo, yo que he luchado veinte años contra el dolor y la miseria abandonaria sin defenderlo lo que mas amo en la tierra! ¡Oh, no, mil veces no! ¿Qué dirian mis hermanos los plebeyos? ¿Ellos que tanto han combatido y combaten para conquistar sus derechos, sus franquicias, Yo les imitaré, combatiré como ellos han combatido? conquistaré á mi mujer, y cuando la haya conquistado... veremos quién se atreve á disputarme su conquista.

ESCENA XII.

DICHO y MARIA.

MAR. ¿Qué hay, hijo mio? ¿Qué hay? ¿Qué te ha dicho la Condesa?

JORGE. ¿Qué me ha dicho? Que mi nombre era demasiado vulgar para unirse á sus gloriosos blasones.

MAR. ¿Vulgar? Yo les probaré que es mas considerado, mas poderoso que el suyo.

JORCE. ¿Cómo?

MAR. Deja, deja; eso corre de mi cuenta. Pero y tú, ¿qué vas á hacer?

JORGE. Voy á presentarme á esa familia que me desprecia, á ese marques que escribe á Luisa que mi alianza es un borron infamante, y les probaré...

MAR. Que eres pariente suyo, pariente lejano, por lo cual no necesitas dispensa. Es mas claro que el agua. ¿No me has dicho tú muchas veces, no me has leido en aquellos librotes que sus antepasados fabricaban palacios y torres para sus hijos? Tú fabricas hospicios, y hospitales para los pobres. ¿No alcanzaban ellos sus títulos concurriendo con sus ejércitos á la defensa de sus reyes y á la conquista de sus reinos? Tú alcanzarás los tuyos conduciendo tus ejércitos de trabajadores á la defensa de la humanidad y á la conquista de la civilizacion. Ellos ostentaban en sus pendones una horca y un cuchillo en señal de la nobleza de su sangre; tú ostentarás en los tuyos una oliva y una palma, en muestra de las de tu corazon.

JORGE. ¡Oh madre, madre mia!

MAR. ¡Que vengan á decirte que no eres tan noble como ellos! ¡Ea, ea! á trabajar; tú á tu negocio, yo al mio. Adios, hijo, me voy á Valencia!

JORGE. ¿Á Valencia?

MAR. Si: tengo un capricho... ya lo sabrás...

JORGE. ¿Pero no me dice usted?...

MAR. ¡Nada, nada; ¡adios y valor, Jorge! acuérdate de quién eres... y que antes de dos años quiero que seas ministro.

JORGE. ¡Ministro! (Riendo.)

MAR. ¡Ministro! Quiero que tengas excelencia... y la tendrás. Adios. Dentro de poco volverás á ver á mi excelencia, la madre de tu excelencia.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA LUISA, el MARQUÉS, entrando por el foro con JUANA.

JUANA. Aqui estan las señoras.

MARQ. (Dándola un rollo de papeles que trae en la mano.) Está bien: lleva esos papeles á la biblioteca. Y si viene alguien á preguntar por mí, avísame al momento. Anda. (Á la Condesa.) Vamos, ¿qué ha sucedido? ¿Ese matrimonio?...

COND. Concluido. Se ha negado á todo.

MARQ. ¡Negado!! ¿Es posible? ¡Con que cuando se le hacia el honor de admitirle en nuestra familia, con sola la condicion de que dejase su nombre ese miserable!...

LUISA. Ha rehusado, tio mio.

MARQ. ¡Rehusado! ¡Ah! ¡Pero esto es horrible, y tú estarás indignada!

LUISA. Si que lo estoy... y sin embargo, no debia ofenderme, porque al fin rehusando, se ha conducido como un hombre honrado.

MARQ. ¿Qué es lo que dices, muchacha?

LUISA ¡La verdad, tio! Despreciar un nombre pomposo, pero comprado; no querer dejar el de su padre, oscuro y vulgar, pero sin mancha; y antes que consentir en lo que

él mira como una bajeza, renunciar á la que ama; porque me ama, tio mio, no puedo dudarlo. ¡Oh si hubiese usted oido con qué acento me decia que moriria si me llegase á perder. Si hubiese usted visto aquel rostro pálido y demudado, aquellos ojos llenos de lágrimas... no dudaria usted de su amor, como yo no dudo! Y á pesar de esto, me deja... me deja voluntariamente, y para siempre! ¿No es digno del título de honrado el hombre que de tal manera se sacrifica por cumplir con su deber?...

MARQ. ¿Deber? ¿Y llamas deber á semejante conducta? ¿Y todavia tomas la defensa de un hombre que queria que te llamasen la *señora de Simon*?

LUISA. ¡Oh si, si, tiene usted razon; yo no le defiendo, no quiero defenderle; no quiero pensar mas en él; y para conseguirlo, vengan ustedes en mi ayuda, díganme que su negativa ha sido un ultraje, y si vierto algunas lágrimas á pesar mio, que sean lágrimas de indignacion, no de dolor! (Llorando.)

MARQ. ¡Dolor .. Lágrimas... Ah!... bueno estaria! ¿y por quién? Por el hijo de una campesina que... Yo no le conozco; pero de seguro! como si le estuviera viendo, será un hombre rústico, grosero...

COND. (Ap. al Marqués.) ¡Lo está usted echando á perder!

MARQ. (Id.) ¿Eh, cómo?

COND. (Id.) Si, es un jóven atento, finísimo.

MARQ. (Alto.) ¡De carácter arrebatado!...

LUISA. ¡Si es la bondad misma!

MARQ. Bien; eso es lo que parece; pero sabe Dios si encubrirá todos los vicios bajo una máscara bondadosa y leal. ¡Los hombres!... Apostaria á que es jugador, duelista, enamorado...

LUISA. De mí, estoy segura; de otras, no sé; pero no lo creo.

MARQ. Entonces, sobrina mia, si ese hombre no tiene ningun defecto, ¿qué diablos quieres que yo haga? No me queda otro recurso para consolarte que ponerme á llorar contigo.

LUISA. ¿No es verdad que soy muy desgraciada? Porque, se lo confiaré á usted, mi querido tio, su imágen no se aparta un momento de mi memoria, todos mis esfuerzos son inútiles; yo tambien como usted he querido pintarle lleno de defectos, de vicios, desprovisto de esas cualidades que en nuestra sociedad .. y lejos de eso,

en otros veo... ¿Pero me explicará usted este misterio?—En qué consiste que él, hijo de una campesina, es tan noble, tan sincero, tan elegante; mientras que vemos todos los dias barones, condes y hasta duques que son... es decir, que no son...

MARQ. ¿Que no son tan nobles, tan elegantes y tan caballeros como él? ¡Eso consiste en las malditas revoluciones, que todo lo han confundido! Ya no nos conocemos. Á lo mejor me encuentro con un excelentísimo señor que era mi zapatero hace cuatro años, mientras que muchos verdaderos excelencias se ven hoy obligados á remendarse sus zapatos! Ya no hay gerarquias, es decir, queda una, la del honor. Con que asi, hija mia enjuga tus lágrimas, valor...

LUISA. Ya lo tengo.

COND. (Ap.) No mucho.

MARQ. Nos consolaremos haciendo bien; á propósito, ¿sabes ya que ese pobre pueblo de Altamura ha sido devastado por una inundacion?

LUISA. ¿Por él que ha dirigido usted una peticion al gobierno?

MARQ. He hecho mas que eso. He añadido á la peticion dos proyectos que le preservarán para en adelante de tan horrible calamidad .. Un dique y un gran canal de derivacion. Ya comprendes que cuando el gobierno vea mi firma al pié de los planos los aceptará sin vacilar; ¿qué digo? los habrá aceptado ya, porque de un momento á otro espero su resolucion.

ESCENA II.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Una carta para el señor Marqués, de parte del alcalde de Altamura.

MARQ. ¡Dáme, dáme! (Abriéndola.) Habrá recibido la contestacion del ministerio... le habia rogado que me escribiese en seguida... Toma, Luisa, lee tú .. y... pierde cuidado, que ya te encontraremos un marido.

LUISA. (Leyendo.) «Señor Marqués, nos hemos salvado...»

MARQ. ¡No te lo decia! ¡Oh, abrázame!

LUISA. (Leyendo.) «La peticion de usted ha sido rechazada...»

MARQ. ¡Heim!

LUISA. (Leyendo.) «El proyecto del canal desechado...»

MARQ. ¡Qué!!

LUISA. (Leyendo.) «El dique declarado imposible...»

MARQ. ¡Cómo!!

LUISA. (Leyendo) «Pero en cambio el gobierno nos hace el mayor bien que podiamos desear y nos salva positivamente, pues nombra para que proponga los medios de librarnos de tan terrible azote al mejor de nuestros ingenieros, á la gloria de la ciencia y de nuestro pais, al señor don Jorge Simon.»

MARQ. y COND. ¡Cómo!

LUISA. ¡Oh, ese nombre que me hacia ruborizar!...

MARQ. (Cogiendo el pliego.) ¡No es posible! No creeré jamás que lo que me han negado á mí, al Marqués de Fuenfria, se le conceda á un cualquiera, á un Jorge Simon...

LUISA. Pero, tio mio, ¿cómo se explica que ese nombre sea tan conocido, tan respetado?...

MARQ. Cómo se explica... cómo se explica... por sí solo; porque el vulgo lo invade todo, y nosotros, los nobles, nos dejamos invadir; porque el vulgo trabaja, y la nobleza no hace nada; porque nuestros jóvenes, en lugar de buscar como yo la manera de conservar nuestra influencia y nuestro prestigio por medio de servicios importantes al pais, se imaginan, como el Vizconde, que la ocupacion de un caballero no debe ser otra que jugar, fumar, cazar, y cuando mas aprender á guiar caballos desde el pescante.

ESCENA III.

DICHOS, JUANA.

JUANA. ¡Señor Marqués!

MARQ. ¿Qué diablos quieres?

JUANA. Un caballero que llega de Valencia, y dice que trae noticia del ingeniero que vuecencia mandó llamar.

MARQ. ¡Ah, voy al momento! Trae los papeles que te dí antes. Aun me resta una esperanza.

LUISA. ¿Cuál?

MARQ. Este ingeniero... él me comprenderá; él... voy corriendo...

COND. Bien; hasta luego, señor Marqués Ven, Luisa.

LUISA. (Ap. al marchar.) Ese nombre es mas poderoso que el nuestro...

MARQ. (Á Juana, que trae los papeles.) Estos son, corramos...

ESCENA IV.

EL MARQUÉS y JORGE.

JORGE. Un momento, caballero.

MARQ. ¿Eh? (Deteniéndose.)

JORGE. ¿No es al señor Marqués de Fuenfria á quien tengo el honor de hablar?

MARQ. Si, señor, al Marqués que ruega á usted que le dispense, porque le está esperando una persona...

JORGE. ¿Un ingeniero? Es inútil que usted se moleste. Soy yo.

MARQ. ¿Usted?

JORGE. Yo mismo.

MARQ. ¡Ah! ¿Usted es?... Me alegro mucho; le he hecho á usted llamar para mostrarle los planos que he formado... En mi carta le enteraba á usted...

JORGE. Con efecto.

MARQ. Pues bien; ¡vá usted á ver un tesoro, un verdadero tesoro!...

JORGE. ¡Bien, caballero, veamos!

MARQ. (Enseñando los papeles y ap.) ¡Oh, estoy seguro de que este hombre me hará justicia!...

JORGE. (Recorriéndolos con la vista.) Si... bien... excelente...

MARQ. (Con satisfaccion.) ¿Y qué tal?

JORGE. ¡Estos planos son ingeniosos, profundos!... Pero ya los conocia...

MARQ. ¿Usted?

JORGE. Si. Hace algunos años que los encontré...

MARQ. ¡Encontrado! ¡Encontrado mis planos! ¿Y dónde?

JORGE. En una obra... y magnífica á fé mia, en el *Tratado de las riquezas del oriente de España.*

MARQ. (Alegre.) ¿Publicado en Barcelona?

JORGE. Si.

MARQ. ¿En mil ochocientos veinte?

JORGE. Si.

MARQ. ¿Anónimo?

JORGE. Justo.

MARQ. (Con satisfaccion.) ¡Ah! Era mi primera edicion. (Alto.)

Y bien; señor iugeniero, eso se explica muy fácilmente. Esa obra es mia.

JORGE. Eso es precisameute lo que iba á decir, porque lo sabia, si el señor Marqués me hubiera dejado acabar.

MARQ. ¡Si, tiene usted razon! Esta cabeza mia... Con que es decir que esa obra le ha parecido á usted...

JORGE. Verdaderamente, señor Marqués, no me atrevo á hacer de ella todos los elogios que merece, por miedo de ofender su modestia.

MARQ. No, no, nada de eso; diga usted, diga usted sin temor; por buena que sea su opinion respecto de la obra, siempre será nada en comparacion de la mia propia.

JORGE. Y tiene usted motivo para envanecerse. En ella he visto los grandes servicios que los Marqueses de Fuenfria han hecho en todos tiempos á esta provincia, lo importante y considerado que ha sido aqui su nombre.

MARQ. Y esa importancia precisamente es la que yo quiero conservar. Para conseguirlo es para lo que reclamo su cooperacion de usted.—Aliémonos, efectuemos la union de la nobleza con el talento, de la...

JORGE. ¡Cuidado, señor Marqués, cuidado! Semejantes alianzas pueden comprometer á un gran señor como usted...

MARQ. ¡Bah! ¿Acaso soy yo presuntuoso? Ya casi todos somos iguales.

JORGE. Sin embargo, conozco todavia muchas gentes que se desdeñan de tratar íntimamente, de *unirse* á lo que llaman plebe.

MARQ. ¡Estacionarios!... Retrógrados! No me haga usted el disfavor de confundirme con esas almas mezquinas, señor de... ¿cómo es su gracia de usted?

JORGE. (Con aplomo.) Jorge Simon.

MARQ. ¡Simon ¡Cómo! El que... mi... usted!...

JORGE. Yo.

MARQ. ¡Usted! á quien yo...

JORGE. Á quien el señor Marqués ha rehusado su sobrina. Vamos; parece que mi nombre ha enfriado algun tanto ese entusiasmo liberal. ¿Se convence usted, señor Marqués, de que aun no somos todos iguales? ¡Bah! pero no hay motivo tampoco para incomodarnos. Usted reclama mi auxilio, y yo he venido á concedérselo. Con que volvamos á nuestros planos...

MARQ. ¡Cómo! consentiria usted en...

JORGE. En todo; ¿y por qué no? El que no haya usted querido ser mi tio, ¿podrá ser nunca una razon para que yo me niegue á unir mis esfuerzos á los suyos en provecho de la humanidad? Usted y yo tenemos un mismo pensamiento: arrancar á los infelices moradores de estas campiñas á la miseria, á la destruccion, al hambre. Pues bien, asociémonos. Usted tiene ideas, me las prestará: yo tengo experiencia, usted se servirá de ella cuando guste; y apoyados el uno en el otro, podremos tal vez ser útiles á nuestros semejantes.

MARQ. (Ap.) Tiene corazon este jóven. (Alto.) Caballero, veo que que le habia juzgado mal; y esta mañana, en una carta que á propósito de usted escribí, me expresé en unos términos que ya deploro, porque seguramente no es usted acreedor á ellos.

JORGE. ¡Oh! Señor Marqués, no hablemos de eso. Puedo olvidar las ofensas que en ella hace usted á mi persona, pero no podria perdonar lo ridículo de sus razones.

MARQ. ¿Ridículo?

JORGE. Seguramente. ¡Decir en mil ochocientos sesenta que la alianza de un hombre de corazon y de talento es un deshonor!...

MARQ. Pero...

JORGE. ¡Un deshonor!... Por ventura si la primitiva nobleza era el mito de la antigua España, nosotros los hombres de la ciencia y del saber, ¿no somos los caballeros de la nueva? Sus padres de ustedes conquistaron este suelo con la espada; nosotros le conquistamos hoy con el compás. Los nobles defendian á los oprimidos, rechazaban las invasiones, exterminaban los malhechores; nosotros combatimos enemigos mas terribles, las inundaciones, los incendios, las pestes; nosotros obligamos á la poderosa naturaleza á servirnos como una esclava. ¡Ella, que hasta hoy sojuzgaba al hombre como un déspota! ¿Cuál es mas noble de nosotros?

MARQ. (Con altivez.) ¡Señor ingeniero!

JORGE. (Friamente.) ¡Ingeniero!... ¿Por ventura el señor Marqués no aspira á serlo? Por ventura, si ustedes fundan su orgullo en sus títulos, ¿no puedo yo fundar el mio en la ciencia? Convengamos, señor Marqués, en que es difícil asegurar cuál estará mejor cimentado. Pero lo que sí puedo decir á usted es que este orgullo es el que me

dictará mi venganza.

MARQ. ¡Venganza!

JORGE. Si, mi venganza. ¡Oh! Ustedes pueden arrancarme á Luisa, privarme de hacerla dichosa; pero no podrán impedirme tener una parte en su felicidad. La gloria de su nombre se apaga en esta provincia; yo soy quien la hará revivir: yo continuaré las grandes mejoras que sus abuelos inicieron: inscribiré su nombre sobre mis propias obras, para que Luisa sea glorificada por todas partes, bendecida por todos; para que diga al verse tan adorada, tan respetada: ¡Oh! todo esto es obra suya; él me sacrifica su gloria, su orgullo. ¡Oh! Nadie ha amado jamás como él. Adios, señor Marqués.

MARQ. Un momento, caballero.

JORGE. ¿Qué me quiere usted?

MARQ. Quiero... Quiero que no piense usted que por ser marqués no tengo nada aqui, y que la pintura de un amor tan puro, tan noble... me... (Con cólera.) Pero y por qué demonios ama usted á mi sobrina! Quién le obligó á usted á conocerla, para enamorarse tan locamente de una jóven que no puede ser su esposa... porque al fin, ese matrimonio es imposible... disparatado... y...

JORGE. ¡Deshonroso! Dígalo usted como lo decia en su carta.

MARQ. ¡Mi carta! Mi carta .. ¿Sabe usted lo que hubiese hecho con ella, si en el momento de acabarla le hubiese á usted visto, le hubiese oido, como ahora le oigo? Enviarla á todos los diablos, y decir al que la habia escrito...

JORGE. ¿Qué?

MARQ. Nada, nada; soy un loco: déjeme usted.

JORGE. En nombre del cielo, ¿qué hubiera usted dicho?...

MARQ. Déjeme usted. (Queriendo huir.)

JORGE. ¡Por mi amor, por Luisa!...

MARQ. ¡¡Luisa!! Pues bien, le hubiera dicho: señor Marqués de Fuenfria, tú no eres mas que un viejo egoiston! Tienes por sobrina una pobre muchacha, que mañana tal vez quedará sola en el mundo... una hermosa niña cuya madre está moribnnda, un ángel á quien tú no puedes dar un dote, porque eres tan pobre como ella: á quien no puedes prometer apoyo, porque estás con un pié en la sepultura; y cuando la Providencia te envia para ella un hombre superior, tú le rechazas porque su nombre está compuesto de tales y tales letras, y porque su con-

junto ofrece un sentido menos aristocrático, pero mas noble y grande que tu mezquina preocupacion!... Pues bien, veremos!. . ¡Tú no quieres ser su tio? Pues asi y con todo él será tu sobrino, pese á todos los marqueses nacidos y por nacer.

JORGE. ¡Oh cielo! ¡No es ilusion!... ¿Consentiria usted?...

MARQ. ¡Ah! ¿Lo adivina usted? Pues me parece que despues de lo que acabo de decir no tiene mucho...

JORGE. ¿Pero y los otros? ¿Los demas parientes?... ¿Cómo hacer?...

MARQ. ¡Hábleles usted como á mí, hágales llorar como yo he llorado!...Y ellos consentirán.

JORGE. ¡Es que usted tiene un corazon noble y grande! ¡Pero ellos!... ¡Que se horrorizan al solo nombre de Simon!...

MARQ. ¡Simon! ¡Simon!... Por ventura es mas vulgar que el de Cobden! ¿Que el de Peel?... ¿No puede llegar á ser tan ilustre como estos?

JORGE. ¿Y eso podré yo asegurarlo? Seria preciso que otro me defendiese, que una voz considerada, elocuente, respetada...

MARQ. ¡Ah! ¡el bribonzuelo! Quiere que yo le ayude...

JORGE. Si, señor, lo quiero

MARQ. ¡Cómo!

JORGE. Y no solamente lo quiero por mí, por Luisa, sino por usted, por la nobleza entera... nuestras dos clases, usted lo ha dicho en su bella obra, llegarian á ser muy fuertes si estuvieran unidas. Ustedes tienen el brillo de sus nombres, sus recuerdos heróicos; nosotros tenemos lo que á ustedes les falta, el trabajo, la economia, la voluntad, la industria. Ustedes son el pasado, nosotros el presente; unámonos y fundemos el porvenir.

MARQ. (Este diablo de hombre concluirá por hacer de mí cuanto se le antoje. ¡Y qué remedio! ¡soy suyo completamente, me ha seducido! Sin embargo, bueno será asegurarnos...) ¿Usted tiene buena memoria?

JORGE. Excelente, señor Marqués.

MARQ. Pues bien, cíteme usted algunas líneas de mi libro; el título de algun capítulo.

JORGE. (Haciendo como que duda.) ¿Capítulo? ¿ahora? es el caso que...

MARQ. (Furioso.) ¡Cómo! ¡Este hombre no lo ha leido! ¡no lo ha leido! ¡y me decia antes!... ¡Ah! ya comprendo, me de-

decia que era bueno, para adularme, para inclinarme á que intercediese por él... y yo tan...

JORGE. (Friamente.) Señor Marqués, ¿por qué dice usted en el capítulo 6.º, línea 3.ª, que el puente de San Feliú ha sido construido en el siglo XVI? Es indudablemente del siglo XIII.

MARQ. (En el extremo de su alegria.) ¡Ah, el gran pícaro! ¡El único defecto que tiene la obra me lo ha cogido! ¡Un abrazo, un abrazo! asi, contra mi corazon, á fin de inspirarle fueaza para que combata en favor de usted. Si, porque voy ahora mismo á ver á mis primos, á todos los parientes de Luisa, para convencerlos... Yo no sé qué era su padre de usted, ni cómo se llamaba su madre; pero lo que si sé es que somos de la misma sangre, porque usted ama el bien como yo, lo bello y lo grande como yo, á Luisa... ¡mas que yo!... y que defendiéndole á usted, defiendo las dos afecciones mas caras de mi alma, la ciencia, y esa pobre niña!... ¡Adios!

ESCENA V.

JORGE.

¡Oh, corazon honrado! ¡corazon!... en tí, y solo en tí está la verdadera nobleza... ¿Qué veo? ¡el Vizconde! ¡Oh! con este es diferente; deberia darle una leccion. pero hay que continuar la obra... ¡Adelante! ¡Aquí está!

ESCENA VI.

JORGE, el VIZCONDE.

VIZC. (Entrando por el fondo, con una carta en la mano, que cubre de besos.) ¡Ah! ¡delicioso! ¡adorable!

JORGE. ¡Hola, señor Vizconde! ¡Qué aire de conquistador! ¿Por lo visto viene usted de Valencia, donde á lo que parece no le ha ido del todo mal? ¿Ha visto usted á la adorada prenda de sus pensamientos?

VIZC. Algo mejor que eso. ¡La he escrito, y me ha respondido!

VIZC. ¡Oiga!

JORGE. Un renglon... un solo reglon... ¡pero lleno de gracia, de pudor, de miedo, de amor! y en papel de color de rosa, *voilá*, lo cual añade un nuevo encanto á la frase. Porque usted por poco ducho que sea, ya sabrá que la clase, el color, y aun olor del papel, significan mucho en este género de epístolas.

JORGE. ¿Eh?

VIZC. Si, señor, muchísimo. Por ejemplo; reciba usted una cita que diga, «venga usted á las tres,» y que estas palabras estan trazadas en un papel amarillo ó ceniciento, despidiendo cierto tufillo á macasar ó jazmin; esto y el color del papel le indicarán que ha sido escrita en un arrebato, sobre el mismo tocador tal vez: guárdese usted de asistir, su amada está furiosa, y de seguro le araña: por el contrario, lea usted «le espero,» sobre una bonita hoja verde glaseada, aromatizada con bouquet ó alice, y no dude ni uno momento, la felicidad está detrás de aquella frase.

JORGE. Con efecto. La clave es ingeniosa, y esto me prueba que es usted perito en la materia.

VIZC. ¡Tá, tá, tá, tá! ¡Tú, tú, tú! Son tantas, amigo mio... las víctimas... *(¡e tu la vittima saray!...)* ¡Pues, si señor; una frase encantadora!

JORGE. Ya.

VIZC. Vá usted á juzgar por sí mismo. (Leyendo.) «Si me amas, silencio.»

JORGE. ¡Silencio!... ¿es decir, habla? ¡Ah, ah, ah! ¡Es divertido!

VIZC. ¿Verdad? ¡já, já, já!

JORGE. ¡Já! ¡já!

VIZC. ¿Mucho mas?... ¡Y si yo le pudiese á usted contar!... porque al fin!... ¡já já! ¡déjeme usted que me ria!!

JORGE. Si, si, riamos, primo. ¿Usted me permite que le llame primo? Ya sabe usted que he estado, y aun puede ser, que esté próximo á serlo.

VIZC. Si, si, permito.

JORGE. Pues bien, primo: ya que se muestra usted tan complaciente conmigo, voy á contarle una aventurilla que he tenido esta mañana.

VIZC. ¡Hola! ¿Usted tambien?

JORGE. Si, una bromita que he dado á cierto sujeto...

VIZC. Veamos, veamos...

ORGE. En primer lugar, ha de saber usted, mi querido primo, que soy un poco celoso.

VIZC. ¡Bah!

JORGE. Como usted lo oye. ¡Pist! ¿Qué quiere usted? eso está en la sangre, y como la mia es encarnada... ello es, que tenia una especie de presentimiento, de que alguno pensaba hacer la córte á mi novia.

VIZC. ¡Á la novia de mi primo! ¡Vaya, tendria que ver!

JORGE. Pues ya está visto. Ya han comenzado.

VIZC. ¡Ya! ¿Y quién ha sido el insolente?...

JORGE. La han escrito una declaracion.

VIZC. ¿Una declaracion?

JORGE. Que afortunadamente yo he interceptado. Y confieso que en el momento de caer entre mis manos la dichosa carta... Dígame usted, primo mio, ¿qué es lo que usted hubiese hecho en un caso semejante?

VIZC. ¿Eh? ¡Yo no sé!

JORGE. ¡Oh! si. Estoy bien seguro de que le habria ocurrido algun pensamiento lleno de finura y de ingenio. Ya se vé, ¡usted tiene tanto talento! Pero un hombre plebeyo como yo, que no tiene esos recursos de imaginacion, no puede... asi es que lo único que se me ocurrió, fué meterme la carta en el bolsillo, y responder al galan en nombre de Luisa.

VIZC. ¡Cómo!

JORGE. Si; le he respondido una frasecita encantadora, llena de pudor, de gracia, de miedo, de amor... «Si me amas, silencio.»

VIZC. ¿Eh, cómo? ¿Ha sido usted quien?...

JORGE. ¡Qué! ¿Aun lo duda usted? En ese caso aqui está la prueba. (Enseña la carta.)

VIZC. (Ap.) ¡Mi carta! Me ha burlado. (Alto.) ¡Señor Simon, usted se ha burlado de mí!

JORGE. Vaya, primo mio, una broma inocente.

VIZC. No, poco á poco; usted se ha burlado de mí y ha debido usted prever las consecuencias de esa burla.

JORGE. Pues si, precisamente por las consecuencias es por lo que yo le he hecho.

VIZC. ¿Y cuáles son? Si usted es tan amable que quiere explicármelas.

JORGE. Si, señor. Que antes de un cuarto de hora vá usted á abogar por mí con su familia, que está reunida por el

Marqués de Fuenfria en uno de esos salones y tratando de mi casamiento.

VIZC. ¡Eso si que es ingenioso!

JORGE. Es lo mas sencillo del mundo. Escúcheme el señor Vizconde. En el caso en que se encuentra, ¿qué es lo que podrá hacer para que yo no publique el chasco que le he dado y le haga la fábula de todos los maridos y la befa de todas las hermosas? ¿Darme una estocada? Lo creo muy fácil, porque el señor Vizconde tiene destreza y valor de sobra para ello. ¿Pero conseguiria que Luisa le amase, matando al que ella quiere por marido? Seguramente no. ¿Irá á hablar mal de mí en esa reunion de familia y á dar su voto en contra de mi matrimonio? Seguramente tampoco, porque en el momento en que lo haga, diré yo la causa que á ello le impulsa, enseñaré su carta, contaré el lance, y ademas de reirse todos de él, Luisa le despreciará mas que antes. Ya vé usted, mi querido señor Vizconde, que no le queda mas que un partido que tomar, y es convencerse de que mi broma ha tenido mucha gracia, que soy un hombre muy amable y de muy buen humor, y venir á mí diciéndome, querido primo, ¿qué he de hacer por usted?

VIZC. (Despues de reflexionar.) ¡Ah! ¡Já, já!

JORGE. ¡Ah, bueno, magnífico! ¿Se rie usted?

VIZC. ¡Si, señor, me rio... de mí! ¡Qué diablo, mi situacion no puede ser mas original! Verme obligado á influir en pro del que yo queria suplantar... Porque efectivamente, usted dice muy bien, ¿qué remedio me queda?...

JORGE. ¡Ah, consiente usted!...

VIZC. ¡Y qué hago?... ¡Voy, voy corriendo! ¡Tiene gracia la aventura! (Volviendo.) ¡Ah, mi carta!

JORGE. Ahí está el autógrafo.

VIZC Tenga usted el suyo. Voy á pronunciar un discurso que anonade á ese congreso retrógrado, y le aseguro á usted la mano de mi prima. Hasta luego.

ESCENA VII.

DICHOS, la CONDESA.

COND. Es inútil.

JORGE. ¿Cómo?

COND. El Marqués ha hablado tanto y tan bien que todos consienten con una condicion, *sine qua non* es verdad, pero tan sencilla, tan natural, que no dudo la aceptará usted sin vacilar.

JORGE. ¿Cuál?

COND. Querido Vizconde... quisiera...

VIZC. Que me quite de en medio, entendido. Ya estás servida.

ESCENA VIII.

JORGE, la MARQUESA.

JORGE. (Muy alegre.) Y bien, ¿qué condicion es esa?

COND. Una simple medida de precaucion que toman todas las familias prudentes. Usted ha formado el proyecto, segun creo, de vivir con su madre, de hacer de ella una compañera de Luisa? Pues bien, nosotros pedimos, ó mejor dicho, la razon pide que renuncie usted á ese plan.

JORGE. ¡Dejar á mi madre!

COND. Como todos los hijos la dejan: como Luisa vá á dejar la suya.

JORGE. ¡Dejar á mi madre! ¡Romper esta dulce vida, en la cual durante veinticinco años no hemos respirado mas que el uno para el otro... faltar á la palabra que la he dado, destruir el sueño de su vejez! ¿Y por qué, Dios mio?

COND. ¿Por qué? ¿No comprende usted, caballero, que si el nacimiento puede disimularse la educacion no puede esconderse?...

JORGE. ¿Y qué importa que mi madre ofenda á la gramática, si todas sus palabras son hijas de la verdad, si salen del corazon? ¡Oh! Usted no sabe, señora, lo que mi madre es y ha sido para mí, usted no sabe que todo cuanto soy se lo debo á ella, usted no sabe cuán grande es el amor que la profeso... ¿Y me propone usted?...

COND. Un sacrificio doloroso, pero indispensable. Piense usted en la felicidad de Luisa. (Luisa aparece en el foro.) En que por mucho que le ame á usted, no podrá menos de ruborizarse al presentarse en el mundo, llevando á su lado una persona de mérito, de nobles sentimientos, sin

duda alguna; pero criada en otra esfera y privada de esas cualidades indispensables para no hacer un papel ridículo en sociedad. Piense usted, en fin, que nosotros no podemos consentir en encontrar en los salones de mi sobrina, y mucho menos como su compañera habitual, á... una persona que yo respeto... pero, en fin, una campesina...

JORGE. Señora Condesa, no tengo mas que una palabra que responder. Usted sabe lo que Luisa es para mí, que la amo apasionadamente... como un insensato... Pues bien; si ella estuviese alií delante de mí... si me dijese, renuncia á tu madre y soy tuya... yo la diria: la mujer que no comprende el amor que se siente por una madre, la mujer que para ser mi esposa me exige semejante sacrificio, no es digna de ningun hombre honrado, y yo la rechazo.

ESCENA IX.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Bien, Jorge, bien.

COND. ¡Mi sobrina!

LUISA. ¡Oh! no tema usted nada, tia mia, ya sé que la resolucion de mi familia es irrevocable... y que es imposible nuestra union; pero antes de separarme de Jorge para siempre quiero que sepa que le amo, que le admiro, y que no seré jamás de nadie, puesto que es imposible que sea suya.

JORGE. ¡Oh, Dios mio!

MAR. (Dentro.) Si, que enganches y no seas torpe; voy á marchar al momento.

JORGE. ¡Mi madre! ¡En nombre del cielo, ni una palabra delante de ella.

ESCENA X.

La CONDESA, LUISA, JORGE y MARIA.

MAR. (Saliendo.) Y dáte prisa, Francisco.

JORGE. ¿Cómo, madre mia, se marcha usted? ¿Sin prevenirme?...

MAR. Si, tienes razon, hijo mio, es muy mal hecho disponer mi marcha sin decirte nada; pero tantas cosas malas hace uno en el mundo... yo misma, sin ir mas lejos, voy á cometer una mala accion...

JORGE. ¿Cómo?

MAR. Digo, ¡mala!... no mala precisamente, ya sabes tú... pero asi un poco egoista.

JORGE. ¡Oh, no lo creo!

MAR. Pues á pié juntillas debias... porque yo cuando digo una cosa, firma el rey. Y eso que ahora no debia tener fantasia en mi palabra, porque esta mañana, ¿te acuerdas? te prometí vender mi granja y mis ganados... hasta la pobre vaca negra, que sabes que me quiere tanto... todo, en fin, para marcharme á vivir contigo.

JORGE. ¿Y bien?

MAR. ¡Toma, que... no hay animal mas caprichoso que la mujer, como decia el señor cura... y que de tal manera se apega uno á sus costumbres!...

JORGE. ¿Qué quiere usted decir?

MAR. Digo, que... me parecia que nada queria yo tanto en el mundo como á mi hijo, que de él solo necesitaba yo en la vida; pues bien, mira tú qué cosas tan raras pasan... creia yo que el decir adios para siempre á mi granja, á mis rebaños, á mis alquerias, ya ves, animales y pedazos de tierra, que qué han de entender ellos, ni qué han de sentir que su amo sea Juan ó sea Pedro, nada; ¡toma, en dejándoles pastar por esos campos!... Pero yo... yo es diferente, y te lo confesaré aunque sea una tonteria, he sentido que me faltaba valor.

JORGE. ¿Cómo? Explíquese usted.

MAR. Si es el caso que me cuesta trabajo decirte... porque yo sé que te voy á dar una pesadumbre .. y para mí— ¡caramba! no es floja tampoco... pero, en fin, es preciso decírtelo, puesto que ya no tiene remedio: ese contrato de venta que te habia prometido firmar hoy se ha roto; ya no vendo mis tierras; y me vuelvo á mi granja con la vaca negra, con mis gallinas...

TODOS. ¿Cómo?

ORGE. ¡Oh, separarse de mí!.. ¡Madre mia!

MAR. Es muy mal hecho, ya lo sé; pero ¡qué quieres!... con los años se vuelve una caprichosa... y se endurece la

mollera... ¡Oh, y no me arrepentiré!...

JORGE. ¡Y vivirá usted sola, sin tener al lado á su Jorge, de quien no se ha separado usted nunca!...

MAR. ¡Toma, y tan ricamente! Yo en teniendo mi vaca negra, y mi cosecha, y mi vendimia... estoy segura de no acordarme de nada... Ademas, yo en la córte, en la sala de los señores no estaria bien, no seria dichosa.

JORGE. ¡No seria dichosa... á mi lado! ¡Ah, madre mia, madre mia, no me ama usted como yo la amo!

MAR. (Á punto de llorar.) ¡Que no le amo! ¡Dios mio, yo no amarle! ¡Vaya! ¡Y sin duda tienes mucho motivo para decirlo! (Dominándose.) ¡Porque no quiero seguirte á la córte, al mundo! ¿Y piensas que por eso no nos volveremos á ver? Pues nada de eso. Yo iré... alguna vez... alguna... ¿No es verdad, señora Condesa? ¿No es verdad, señorita Luisa, que me permitirán ustedes, aun cuando yo no sea mas que una pobre campesina, que vaya alguna vez á abrazarle?... Porque, al fin, yo... soy su madre... y aunque me marcho hoy mismo...

JORGE. ¿Hoy?

MAR. Si, hoy... dentro de diez minutos... Estas cosas cuanto mas antes... las despedidas nunca son agradables, y si bien es verdad que yo me voy por mi gusto, por mi solo gusto... siempre...

JORGE. Está bien, madre, está bien.

MAR. Con que... adios, ya estará lista la tartana... (Pausa.) Yo pensé que no me dejarias marchar sin darme un abrazo. (Marchándose.—Jorge corre á detenerla y la baja al proscenio, abrazándola y besando sus manos con pasion.)

JORGE. ¡Oh, no, no! No marchará usted asi, no sacrificará su dicha á la de su hijo, porque yo lo adivino todo; quiere usted dejarme porque sabe que de este modo me asegura la mano de Luisa; pero yo seria un miserable si aceptase tan sublime sacrificio.

MAR. ¡Qué sacrificio ni qué!... Yo te juro...

JORGE. Niéguelo usted si se atreve. Dígame ahí, en frente de mí, que las lágrimas no estan pugnando por rodar á sus mejillas, y que al fingir una sonrisa no siente usted despedazarse su corazon?...

MAR. ¡Yo! ¡Lágrimas! ¡Cuando estoy... reventando por llorar!... Si, no puedo mas, es cierto, todo lo que has dicho es cierto; pero ¿qué importa mi llanto, qué impor-

ta mi sacrificio, si llevo aqui, en el corazon, una alegria inmensa? Si, ahí, oculta tras de esa puerta, te he oido negarte á todo, renunciar á tu amor antes que abandonarme; ¡qué pena puede sentir una madre que se vé amada de este modo por su hijo! ¡Te he visto preferir la pobre vieja á este ángel de belleza y de virtud!... Todos mis dolores estan ya pagados, y parto sin tristeza, sin sentimiento... ¡Adios!

LUISA. ¡Partir! ¿Y piensa usted que mi tia la dejará partir? ¡Cuando... véala usted, está llorando como yo, cuando la admira usted como yo, y cuando se está diciendo á sí misma: «soy madre tambien, y no puedo consentir en hacerla tan desgraciada.»

JORGE. ¡Ah, condesa!

COND. ¡Y bien; no puedo mas! tal vez me arrepentiré mañana; pero, ¿qué corazon no se enternece con semejante cuadro? Yo me encargo de todo; la familia consentirá, porque me ha otorgado sus plenos poderes.

LUISA. ¡Ah! Estaba segura. ¿No es verdad que mi deber?...

COND. Tu deber es permanecer al lado de una madre como esta.

JORGE. ¡Señora! ¡Luisa!

COND. Tu deber es no separarte de ella ni un dia, ni un segundo; y no tendrás que trabajar mucho, antes de un año será tan gran señora como tú.

MAR. ¡Oh, Condesa! usted me dará lecciones.

COND. ¡Oh! no las necesita usted, señora. ¡De un hombre no me atreveria yo á responder; pero de una mujer como usted, de una madre!... segura estoy de que muy pronto no tendrá usted nada que envidiarnos.

MAR. ¡Toma! Y si no, haré lo que mi cotorra. Una cotorra que me trajeron de Jamaica y que hablaba el inglés como una persona. El pobre animalillo, cuando se vió entre gentes que no hablaban su lengua, cerró el pico y se estuvo sin chistar cuatro ó cinco meses. ¿Saben ustedes lo que hacia? ¡Aprender el español por dentro para hablar despues de golpe! Pues bueno; yo tambien me callaré hasta que pueda hablar... como mi cotorra.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 15 *de Julio de* 1859.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

I Vaqu ra de la Finojosa.
I flor d l valle.
I : pobres de Madrid.
I ertinaje y pasion.
I ertad en la cadena.
I planta exótica.
I paloma y los halcones.
I mujeres.
I gratitud y el amor.
I egó en marte!!
I gratitud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
I batalla de Covadonga.
I estrella de la esperanza.
I lazos de la familia.
I mariposa.
I quid pro quos.
I cuenta del zapatero.
I mala semilla.
I huella del pecado
I cuenta del zapatero.
I maridos.
I hipocresía del vicio.
I aza del gall
I rutera d
I iel de
I campana de la ... na
I lápida mortuo
I bolsa y el bolsillo.
I moros del Riff.
I Pecados de los Padres.
I infieles.
I caricaturas.
I mamá.
M de ojo.
M iana Labarlú.
M io ruido y pocas nueces.
M in Zurbano.
M rid en 1818.
M dades.
M a y Maria.
M tiras dulces.
M so y mi sobrina.
N o y Blan
Ni uno se entiende, ó un hombre timido.

Nobleza contra nobleza
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo metodo de buscar marido.
Olimpia
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.
Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pelayo.
Pecados veniales.
Por derecho de conquista.
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv !!
¿Quién es el autor?
Quien mal anda mal acaba.
¿Quién es el padre?
¡Que convido al Coronel!...
Rival y amigo.
¡Rico. de amor!
Reo y juez.
Su imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!
Santo y peana.
¡Santiago y á ellos!
Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y martir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.
Un amor á la moda.

Una conjuracion femenina
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una rafaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trifueque.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuchillo.
Una equivocacion.
Un retrato a quema ropa.
Un cuerdo loco y un loco cuerdo
Un verso de Virgilio.
¡Un Tiberio!

Vanidad y pobreza.
Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandidos de la serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

An li Medoro.
Ar buena ley.
A sica.)
nti.
feo.
ches, vecino.
aventurero.
a la Gitana.
y Marte.
de D. Juan.
do ahorcaron á Quevedo.
para ver.
y Flora.
Crisanto, ó el Alcalde propor.
senando.
ctrino.
sayo de una ópera.
El unete.
l lesero y la maja.
El zconde.
ro del hortelano.
uestro de un difunto.
l ucero.
l irio (drama lírico).
l dominó azul
l os de carnaval.
l stillon de la Rioja (*Música*).
l ndo á escape.

El novio pasado por agua. (*Mús.*)
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El Zuavo.
El diablo las carga.
Farinelli.
Guerra a muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
Los conspiradores.
La modista.
La Toma de Tetuan.
La huerfana.

La Jardinera.
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
Los diamantes de la Corona.
La pensionista.
La guerra de los sombreros.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo. (*Música.*)
Marina.
Moreto. (*Música.*)
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda!
Simon y Judas.
Tres madres para una hija.
Tres para una
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un pleito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
Un primo.

a reccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, rto egundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.